

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICION.

| | AÑO. | SEMESTRE. | TRIMESTRE. |
|-----------------|-------------|-------------|-------------|
| Madrid..... | 30 pesetas. | 16 pesetas | 9 pesetas. |
| Provincias..... | 35 » | 18 » | 10 » |
| Portugal..... | 7.520 reis. | 3.800 reis. | 2.100 reis. |

AÑO XV.—NÚM. XI.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.
ADMINISTRACION, ARENAL, 16
Madrid, 15 de Abril de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| | AÑO. | SEMESTRE. | TRIMESTRE. |
|--------------------------|-------------|-------------|-------------|
| Cuba y Puerto-Rico... | 9 pesos fs. | 5 pesos fs. | 3 pesos fs. |
| Filipinas y Américas.... | 12 » | 7 » | 4 » |
| Extranjero..... | 40 francos. | 22 francos. | 12 francos. |

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don Carlos Ochoa, concluida por X.—Don Francisco Javier Isturiz (apuntes biográficos), por X.—El maestro Parra, anécdota histórica, por don José María Gutiérrez de Albu.—Apertura de las Cortes.—Joyero ofrecido á S. M. la reina.—Generales franceses: Changarnier, Vinoy, Faidherbe (apuntes biográficos).—Fiestas en Berlín.—El mensaje de amor.—Tentativas para fundar la ópera española: *Marcia*, por don Luis Navarro.—Dos banderas.—Construcciones rurales en Inglaterra.—Revista científica, por don Emilio Huelin.—Insurreccion de Paris: sangrienta escena en la plaza de Vendôme.—La alimentación en Paris durante el sitio.—Armaduras tubulares de M. Savalle.—Advertencia.

GRABADOS.—Retrato de don Francisco Javier Isturiz.—Retratos de los generales franceses MM. Changarnier, Vinoy y Faidherbe.—Asesinatos de los amigos del orden en la plaza de Vendôme.—Iluminacion en Berlín.—Joyero regalado á S. M. la reina.—Apertura de las Cortes: llegada de S. M. el rey al Congreso de los diputados.—El mensaje de Amor.—Dos banderas para los voluntarios de Sagua la Grande.—Despacho de carne felina y canina en el mercado de Saint-Germain, de Paris, durante el sitio.—Construcciones rurales en Inglaterra: arca y casa de guarda en Hyde Park, cabaña de jardinero y casa de campo en Eart Sutton Park, y casa de guarda-bosque en Holyport.—Armadura tubular de M. Savalle: seccion transversal.

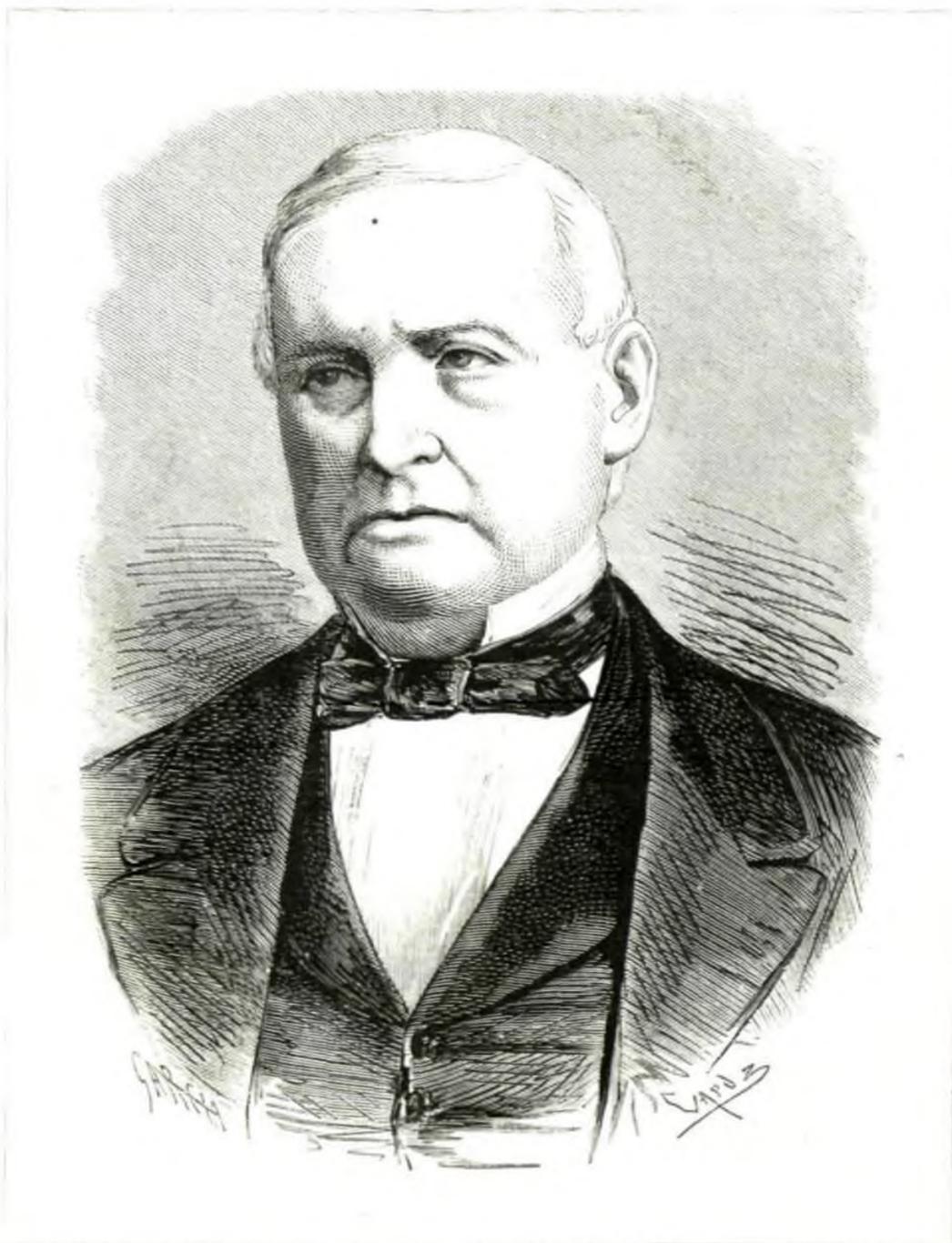
REVISTA GENERAL.

Paris 9 de Abril de 1871.

«El mundo está loco!» solia decir en su pintoresco y algo enfático lenguaje habitual, nuestro inolvidable Donoso Cortés; y esta sentencia que en su boca habia llegado á tomar el carácter de una verdadera muletilla, tan frecuentemente la repetia como explicacion de todo lo que le desagradaba en la marcha de las cosas públicas, si no era en su tiempo una verdad consumada, era seguramente una profecía. Loco, loco rematado está hoy con efecto, ya que no el mundo todo,

ó ménos lo que pasaba de muchos años acá por una de sus partes más importantes, tanto que se solia decir de ella que era en Europa lo que es el cerebro en el cuerpo humano. Esa parte es Francia, y no andaria hoy muy descaminado el ilustre marqués de Valdegamas si dijera que está loca de remate. A tal punto lo está, que ya ni aun el palo, tan cruelmente eficaz, segun dicen, para curar tales dolencias, aunque de su eficacia sea lícito dudar, ya que no de su crueldad, aprovecha para la que á ella le aqueja de algun tiempo á esta parte, ántes parece que se agrava con el castigo.

La situacion de este pais es hoy mucho peor que lo fué durante la guerra: esto parece ya un principio de disolucion social, cuyo término es difficilísimo de prever. La razon de esta dificultad es muy obvia: no hay manera en nuestro sentir de que se repitan en Europa entre las grandes potencias, acuerdos parecidos á lo que dieron por resultado en el siglo último las dos sucesivas desmembraciones de Polonia, y en el actual la



DON FRANCISCO JAVIER ISTURIZ.

Santa Alianza. Sea esto un mal, sea un bien, cuestión sobre la cual habría mucho que decir, es un hecho que de la intervención colectiva de las demás potencias no hay que esperar el término de las dificultades inmensas, ó sea el remedio de la especie de *delirium tremens* por que está pasando la desgraciada Francia. Este es uno de los puntos capitales en que las doctrinas del *Syllabus*, tan respetables por la alta fuente de donde emanan, no llevan camino por ahora de entrar á formar parte del derecho público europeo. Podrá haber una nueva invasión prusiana en París, una segunda guerra acaso más sangrienta y porfiada que la primera para asegurarse Alemania el pago de la indemnización pactada; pero lo que no habrá es una intervención de otras potencias unidas á ella por la comunidad de intereses políticos, fundada en el motivo ó el pretexto de esa misma comunidad en que se fundaron las de 1823 en Nápoles y España. La conveniencia ó la necesidad de atajar en París el incendio revolucionario, á fin de que no cunda á otros países, sería hoy impotente para mover los ejércitos de cualquier Estado de Europa, inclusa la misma Rusia: preciso es que los partidos liberales conservadores se metan bien esto en la cabeza y redoblen sus esfuerzos para defenderse de la demagogia revolucionaria, en la seguridad de que sólo con esos esfuerzos propios pueden contar eficazmente. Las alianzas con otros partidos les serian tan desastrosas como el triunfo mismo de la demagogia.

Nadie aquí, á lo menos entre las gentes formales, espera semejante intervención, si bien muchos la desean, particularmente entre los partidos que en esta tierra llaman *clericales*, equivalentes á nuestros neos y tan parecidos entre sí como dos gotas de agua. Hoy, lo mismo que en 1814, los partidos reaccionarios no tienen aquí más pio que el de ver á su país ocupado y regido por ejércitos extranjeros que traigan el orden, pero con la precisa condicion de que les han de traer también al mismo tiempo el poder para ellos y sus amigos. No respiran otra esperanza sus periódicos, hoy más envalentonados que nunca, en vista de la espantosa crisis por que está pasando este pueblo, crisis en la que ellos ven, ó á lo menos afectan ver, por la cuenta que les tiene, un triunfo irrecusable de sus rancias doctrinas. A juzgar por la especie de fruición con que recapitulan y evidentemente exageran los delirios socialistas de la *Commune*, y los delitos y áun crímenes que en su nombre se cometen con deplorable frecuencia, tentaciones dan de creer que no sin cierto gozo interno ven esta verdadera orgía revolucionaria, por cuanto los acerca en su idea al suspirado y feliz día en que á la vista de los Alemanes nuevamente triunfantes en París, puedan entonar el conocido verso de Beranger:—*Vivent nos amis les ennemis!*

Pocas verdades hay más patentes, así en el orden moral como en el físico, que la condensada con rara lucidez en este breve aforismo político, no recordamos si de Royer-Collard ó de M. Guizot:—«Las cosas, como los hombres, acaban siempre por caer del lado hácia que se inclinan.»—Aquí se observa hoy una cosa muy parecida á la que las últimas elecciones han patentizado en nuestro país, aunque aquí en menor escala, sin duda porque la educación política está aquí más adelantada que entre nosotros: las opiniones extremas van ganando terreno con gran menoscabo de la razón, que, como la virtud, se encuentra siempre en un justo medio. *In medio virtus*. A medida que las opiniones conservadoras amenazadas por los furiosos insensatos de la demagogia se van replegando cada vez con más fuerza al rededor del principio de autoridad, los partidos liberales se van escurriendo un poco hácia la demagogia, y sus filas más avanzadas empiezan á hacer causa común con ella. Sólo así se explica el extraordinario vuelo que ha tomado aquí la insurrección, á punto de dar batallas formales á las tropas del gobierno y de estar todavía muy indecisa la victoria. Terrible ha sido la mortandad en los encuentros de estos días á la cabeza del puente de Neuilly y en Courbevoie. El encono excede á todo encarecimiento por ambas partes: si los Alemanes hubieran encontrado

siempre un empuje tan recio como el que mutuamente se oponen los Franceses en esta odiosa lucha de hermanos, otro sería hoy el destino de Francia. A los horrores con que la insurrección de París ha escandalizado y sigue escandalizando al mundo, responden los hombres de orden de Versalles con atentados no ménos dignos de reprobación, distinguiéndose en tal camino algunos generales, que por cierto estuvieron poco felices en la guerra. El fusilamiento del general insurrecto Duval, sin formación de causa, ni más trámites que los que se siguen para matar á un perro rabioso, fué un verdadero asesinato, ni más ni ménos que el de los infelices Clement Thomas y Lecomte, y naturalmente ha sublevado todos los sentimientos públicos de humanidad. Lo propio ha sucedido con el otro asesinato del cabecilla Flourens, el triste héroe de la jornada del 31 de Octubre, digno en verdad de castigo despues de habido y juzgado, pero no de la cuchillada homérica con que preso ya y desarmado, le abrió la cabeza en dos el capitán Desmurets, según se cuenta por aquí con detalles que provocan justa y general indignación. No ménos inflama los ánimos el relato de las crueldades ejercidas en Versalles con los prisioneros cogidos en la porte Maillot, y no es de extrañar, hasta cierto punto, que esta gente se prepare á una resistencia desesperada, pues de público se anuncia que si es vencida, la reacción será espantosa, y en lo político irá mucho más allá de donde quisieran los hombres de orden que dominan en Versalles.

Aquí se ha mandado armar á toda la población masculina de 18 á 50 años, y aunque no deja de haber algunos fugitivos, de cuyas tretas para escaparse de París se refieren curiosos lances, el armamento va siendo una verdad. Estamos casi incomunicados con el resto de Europa y áun de Francia. El servicio de correos ha cesado casi por completo dentro de la ciudad, y para que estas cuartillas lleguen á manos de usted, será preciso echarlas en el correo del pueblito de Saint-Denis, donde quedan todavía unos 30.000 prusianos, pues de aquí no sale ninguno.

Una medida revolucionaria de las más odiosas se acaba de tomar, y es la prisión del venerable arzobispo de París, monseñor Darbois, del párroco de la Magdalena, monseñor Deguerry, eminente predicador, y de otros virtuosos sacerdotes á quienes se acusa de ocultación de bienes eclesiásticos, declarados nacionales por la *Commune*. La misma *Cloche*, órgano avanzado de los republicanos, vitupera tales iniquidades. La *Commune* se perderá por el exceso mismo de su tiranía, disfrazada con la capa de amor á la libertad. La balija misma de la embajada que debió llevar pliegos á nuestro gobierno estos días atrás ha encontrado dificultades insuperables y continúa aquí hasta nueva orden, pues la *Commune* alega que no habiendo sido reconocida por ningún Estado, á ninguno tiene que guardar consideraciones. Naturalmente las noticias que nos llegan de los departamentos son muy confusas: por lo común se dice que son favorables á la insurrección: pero esto lo sabrán ustedes mejor que nosotros por los despachos telegráficos que les llegarán directamente.

A pesar del desbarajuste de los correos, algunos periódicos ingleses y áun españoles nos llegan de cuando en cuando: cartas muy pocas. Como rasgo característico de este país, diremos que los más de los teatros siguen dando funciones, y que hay barrios en que apenas se conoce que estamos en insurrección.

Dicen que es un principio constante en fisiología, que cuando en una parte del cuerpo humano se fija una gran dolencia, las demás quedan libres y están preservadas de todo mal, mientras aquella dura. Algo en contradicción aparece este principio con el otro aforismo médico *cum caput dolet, cetera membra dolent*; pero no hay duda que la experiencia confirma generalmente aquella observación, lo mismo en el cuerpo social que en el humano.

Desde que Francia está tan enferma, todos los demás miembros del cuerpo social llamado Europa están bastante sanos, y no pasa por ellos cosa que de contar sea, si se exceptúa, desgraciadamente, nuestro país, que también anda algo revuelto en política, á caso

por *simpatía*, sea dicho en el sentido médico: como tan vecinos de Francia, natural es que algo nos toque de sus afecciones morbosas, y que su diagnóstico sea con frecuencia el nuestro. Hoy afortunadamente no lo es: la enfermedad que aquí está en el período álgido, empieza apenas entre nosotros: nuestro pulso no está más que *duriusculo*, al paso que aquí bate doscientas pulsaciones por minuto; aquí, por último, el remedio parece casi imposible, al paso que entre nosotros es fácil. Basta querer de veras aplicarle.

Por lo demás, fuera de España, no parece sino que todos los países de Europa se han dado de ojo para no distraer la atención pública, concentrada hoy en estas hermosas márgenes del Sena. Es preciso cruzar los mares para encontrar sucesos graves, y entre ellos figura en primera línea la terrible epidemia colérica que está asolando las orillas del golfo pérsico y extiende sus estragos á Constantinopla, donde hay también peste de viruelas. Más cerca aún, por desgracia, tenemos á ésta, pues se dice que está en Bélgica. ¡Su visita es lo único que nos faltaba para ser completamente felices! Ya tenemos en los departamentos del Oeste, y amaga al Franco-Condado y á Suiza, donde se toman grandes precauciones para conjurarla, la peste bovina. En el Brasil y en el Paraguay está haciendo estragos la fiebre amarilla. En la vecina Bélgica hay epidemia de viruelas; y como un mal nunca viene sólo, se abrigan allí temores de intentonas revolucionarias, con cuyo motivo se han concentrado tropas en los distritos manufactureros.

Las noticias de Méjico, que alcanzan al 18 de Febrero, son bastante graves. Creíase generalmente que el Congreso aprobaría una ley por la que se excluyese á Juárez del número de los candidatos á la presidencia, á lo que da mucha probabilidad la elección de Zamacois para la presidencia de aquel alto Cuerpo, obra de los partidarios de Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, y marcada derrota para los juaristas. Si se votase tal ley, un golpe de Estado y una consiguiente revolución serian probables, pues probable es también que Juárez no le acataría. En Yucatan continuaba la guerra de razas Sanchez Ochoa está nombrado gobernador del distrito de Méjico, y los obispos señores Labastida y Ormaechea han sido autorizados á volver á sus respectivas diócesis.

El parlamento alemán ha contestado al discurso del emperador en una verdadera paráfrasis del suyo propio, en la que todo respira plácemes por los nuevos triunfos y el asombroso engrandecimiento de Alemania. Para descansar de sus recientes fatigas, el emperador Guillermo ha convidado á su sobrino el de Rusia á una gran cacería de bisontes en uno de los magníficos montes que posee en la Lituania, único donde se conserva la raza de aquellos enormes cuadrúpedos.

De la biblioteca imperial de San Petersburgo, una de las primeras de Europa, han sido extraídos nada ménos que ocho mil volúmenes de los más preciosos, los cuales han sido recuperados en casa del robador, sobre quien desde el primer momento recayeron las sospechas, y que era ¿quién lo diría? un famoso teólogo alemán, el doctor I....

Acaba de morir, despues de una breve enfermedad, el vicealmirante austriaco Tegetoff, el héroe del célebre combate naval de Lissa en 1866, tan funesto á la escuadra italiana.

Italia, objeto de las más siniestras profecías por parte de estos periódicos clericales, lleva adelante con más fortuna de lo que sería de esperar, dadas las grandes dificultades con que tropieza, su grande obra de unificación, próxima ya á consumarse de hecho. Están dadas las órdenes para que el 1.º del próximo Julio se encuentren en Roma todas las oficinas del Estado, y se verifique por completo la traslación del gobierno á la nueva capital. El ministro de Hacienda, señor Sella, acaba de enviar á la cancillería del Vaticano la parte que corresponde á Su Santidad por el impuesto sobre la riqueza mobiliaria. Las esperanzas que se fundaban en el emperador Guillermo para la inmediata restauración del Papa en la plenitud de su poder, han desaparecido ante la actitud hostil del Reichstag, que por una gran mayoría ha desechado la proposición de re-

intervención presentada por los diputados católicos. Evidentemente es algo pueril fundar tales esperanzas en un hereje tan recalcitrante como el emperador Guillermo, sólo porque tiene súbditos católicos: tanto valdría fundarla en el sultán de los turcos, que también los tiene y en gran número, con lo cual se relaciona, según dicen, el reciente viaje á Constantinopla de monseñor Franchi, tan conocido en Madrid, y uno de los prelados más hábiles de la corte romana. Por lo mismo, no habrá ido de seguro á negociar el restablecimiento del poder temporal. Eso se queda para los políticos del *Univers* y para nuestros neos, de cuya *Asociación* es fama que durante la guerra última dirigió muy formalmente una solicitud en aquel sentido á S. M. prusiana.

Volviendo, para terminar nuestra Revista, á las cosas de este país, diremos que la lucha hasta ahora latente entre la *Commune* y el *Comité* rojo toma por momentos formidables proporciones, y de ella resultará probablemente, más que de los esfuerzos del gobierno de Versalles, el término de esta revolución, desastrosa para sus autores. Continúan los saqueos parciales. Han sido suprimidos el *Diario de los Debates*, *La Libertad*, y otros varios periódicos liberales conservadores, lo cual es otra manera de saqueo. Los únicos diarios que circulan son *Le Mot d'Ordre*, *de Rochefort*, *L'Affranchi*, *la Verité*, *Le Pere Duchesne*, *la Commune*, *Le Châtiment*, *Le Vengeur* y otros, todos á cual más incendiarios. Á todas horas se oye el cañoneo de los fuertes, y ayer y hoy han caído algunas bombas en los Campos Elíseos. ¡Dios tenga compasión de este pobre país!

CARLOS DE OCHOA.

Madrid 12 de Abril.

Las funciones de Semana Santa se han celebrado este año en Madrid con una compostura y un orden dignos de todo elogio: ni el más leve disgusto, que sepamos, ha habido que lamentar, cosa rara en tales días aun en tiempos de mayor devoción, por lo menos aparente. La histórica procesion de los Pasos de Viernes Santo, no ha salido este año por las calles. A pesar de la libertad concedida para que por ellas pudiesen circular carruajes, como ha sucedido siempre en todas las capitales católicas de Europa, menos en la nuestra, el Jueves y Viernes Santo, sólo alguno muy excepcional se ha visto, prueba de delicadeza y señal de respeto á las creencias de la mayoría, que indican un progreso real en las costumbres de nuestra población. Los productos del petitorio en las iglesias, obtenidos por las muchas piadosas señoras que este año, como todos, se han prestado á tan caritativa obra, han sido muy abundantes. SS. MM. recorrieron las estaciones sin aparato alguno y como simples particulares en las iglesias más inmediatas á Palacio, dejando en todas ellas limosnas proporcionadas á su rango.

El domingo de Pascua empezó la primera temporada de las funciones de toros con una media corrida bastante buena. Fué presidida por S. M. el rey con un acierto que sinceramente le deseamos en la gobernación de este noble país, que le ha elegido para inaugurar en él un periodo de verdadera libertad fundada en la práctica inteligente y sincera del régimen parlamentario. Mientras el rey presidía la corrida de toros, la reina asistía al alumbrado del Santísimo en la iglesia de Santo Tomás; hermoso ejemplo de piedad que, como otros que está dando la nueva reina, con notable discreción, ha producido excelente efecto en la opinión pública. No ménos favorablemente la predisponen las frecuentes visitas de S. M. á las casas de beneficencia y á varios establecimientos de instrucción pública. Anteayer visitó la Real Academia de Bellas Artes y el museo de Historia Natural.

La apertura de las Cortes ordinarias se verificó el 3 con sumo lucimiento. El discurso de la Corona pareció bien en lo general. Ha empezado el examen de las actas en ambos Cuerpos colegisladores, y se espera que pronto podrán constituirse uno y otro, y dar principio á las importantes tareas que de su cordura y patriotismo espera impaciente y verdaderamente necesitada la nación.

El suceso que más ocupa hoy á nuestros círculos políticos, es la reciente publicación del libro titulado *La oposición liberal conservadora en las Cortes Constituyentes*, cuyo prólogo, sobre todo, tiene hoy suma importancia. En él la expresada fracción conservadora que capitanea el señor Cánovas del Castillo, anuncia una actitud *espectante* por su parte, en presencia de la nueva dinastía, á la cual tratará como se ha tratado siempre á los ministerios: la juzgará por sus actos.

El domingo 2 falleció en esta capital, á la avanzada edad de 84 años, el Excmo. señor don Francisco Javier Istúriz, uno de los hombres que más han figurado en nuestro país de medio siglo á esta parte.

Han salido ya de Sevilla para Lisboa los príncipes del Brasil, condes de Eu, y para principios del próximo Mayo se anuncia que vendrán los reyes de Portugal á hacer una visita de pocos días á SS. MM. Sabido es que la esposa del rey don Luis I es hermana de nuestro actual soberano.

Y á propósito de Portugal, creemos que nuestros lectores sabrán con gusto que nuestras relaciones literarias con aquel país van tomando verdadera importancia, merced á la inteligente actividad de nuestro ministro en aquella corte el señor don Angel Fernandez de los Rios. Durante los dos años últimos, España ha enviado á las corporaciones científicas de aquel reino 6.820 volúmenes, y de él han recibido las nuestras unos 7.000 próximamente. Consta además que en el comercio de libros de Portugal ha aumentado notablemente el pedido de obras españolas, y lo propio sucede en España con respecto á aquel país. Recientemente se han abierto en Lisboa tres cátedras de lengua castellana.

La *Gaceta* del 4 ha publicado un decreto sobre rifas, que modifica sustancialmente el anterior estado de cosas. Sus principales disposiciones son que las rifas de toda clase de bienes puedan celebrarse sin licencia previa, excepto aquellas cuyos premios hayan de abonarse en metálico ó efectos públicos, las cuales quedan prohibidas. El Estado percibirá un 5 por ciento del valor de los billetes vendidos, pudiendo dispensarse este gravámen cuando los productos de la rifa se destinen á algun establecimiento de beneficencia. Sobre la utilidad de este decreto hay opiniones; pero sobre lo que no puede haber más que una, y esa completamente favorable, es sobre la resolución que se atribuye al señor gobernador de Madrid, de perseguir y cerrar inexorablemente los innumerables garitos de alta y baja esfera que afligen hoy nuestra capital.

Se ha firmado la paz con las repúblicas del Pacífico, suceso de grande importancia para nuestro comercio. Restablecidas también nuestras relaciones con Méjico, ha sido nombrado representante de España cerca de aquella república el señor don Gaspar Nuñez de Arce, y por renuncia suya se dice que lo será don Feliciano Herreros de Tejada.

Ya están de regreso en Madrid, reducidos á la condición de paisanos, algunos de los generales que fueron confinados á las Baleares. Nos congratulamos del regreso, y sentimos su consiguiente cambio de estado en aquellos pundonorosos militares.

X.

DON FRANCISCO JAVIER ISTURIZ.

(APUNTES BIOGRÁFICOS.)

En breve tiempo han desaparecido del mundo de los vivos dos de los hombres más importantes del antiguo partido moderado: ayer hablábamos, aunque ligeramente, del ilustre conde de San Luis, y hoy debemos dedicar algunas líneas á la memoria del Excmo. señor don Francisco Javier Istúriz (cuyo retrato hallarán nuestros lectores en la página primera), varón esclarecido que ha bajado al sepulcro después de una corta enfermedad, en la mañana del 2 del corriente.

Un volumen de muchas páginas necesitaríamos para trazar la historia del octogenario Istúriz, porque ella sería también la historia política y parlamentaria de nuestra patria, desde los primeros días de la segunda época constitucional.

Diputado por Cádiz en las Cortes de 1820, don Fran-

cisco Javier Istúriz, de talento, instruido y osado, orador de fácil palabra, político de exaltadas ideas é incrédulo en religión, pertenecía á aquel grupo exagerado en el cual militaban Gutierrez Acuña, Florez Estrada, Romero Alpuente, Alcalá Galiano, y otros jóvenes de iguales ideas y aspiraciones políticas.

Presidente de las Cortes en 1823, votó la destitución del rey don Fernando VII en la célebre sesión de 11 de Junio, y cuando las bayonetas francesas levantaron en Cádiz el ya casi derrumbado trono de aquel monarca, Istúriz, comprendido en los terribles decretos de proscripción que el triunfante bando apostólico fulminara contra los diputados constitucionales, pudo huir al extranjero y librar su cabeza de las manos del verdugo.

En 1823, la reina gobernadora abrió á los desterrados las puertas de la patria, y el señor Istúriz volvió á Madrid cuando vacilaba el antiguo régimen y las riendas del poder se escapaban de las manos de Zea Bermudez, representante de la indecisa política que se llamó *despotismo ilustrado*, para pasar á las del señor Martínez de la Rosa, uno de los fundadores de la escuela conservadora en España.

Procurador por Cádiz en los Estamentos de 1835 y 1836, y jefe de la turbulenta minoría exaltada, en cuyas filas se contaban hombres como el conde de las Navas, don Agustín Argüelles, don Fermín Caballero y don Joaquín María López, desdeñó la cartera de Estado que le ofreciera el famoso Mendizábal, atacó rudamente al ministerio, derribólo y fué llamado á sustituirle, con los señores Alcalá Galiano, Seoane, Barrio Ayuso y otros, en la tarde del 15 de Mayo de 1836.

Desde esta época data la conversión política de don Francisco Javier Istúriz, y el exaltado revolucionario de 1820 y 1823, formó en primera línea en las huestes del partido moderado, y en más de una ocasión dirigiólas con hábil tino en circunstancias bien difíciles.

Fuó objeto de una oposición violenta por parte de sus antiguos amigos políticos, y en la sesión del 20 de Mayo, cinco días después de la formación del ministerio, 67 procuradores aprobaron esta proposición:

« Pedimos al Estamento declare que los individuos que componen el actual ministerio, no merecen la confianza de la nación. »

Istúriz disolvió las Cortes, y llamó nuevo Estamento para el 20 de Agosto; pero ocho días ántes ocurrió el motin de la Granja y estalló en seguida la revolución de 1836, que comenzó por los asesinatos de los generales Saint-Yust, Donadio y Quesada.

Cayó Istúriz, y segunda vez huyó al extranjero para librarse de las iras populares.

Volvió á España, y fué diputado á las Cortes de 1840, que le eligieron presidente, y en la sesión del 18 de Julio, día en que ocurrió el famoso *motin de las galgas*, libró al Congreso de un escándalo que hubiera tal vez concluido con sangrientas escenas.

Triunfó luégo la revolución de Setiembre; pero Istúriz figuró bien pronto en la oposición al Regente del reino, formando parte del *Comité central* de la liga, que dió por resultado la fuga de Espartero y la vuelta al poder del partido moderado.

Finalmente, el 3 de Abril de 1846, la reina doña Isabel II depuso al ministerio Narvaez, cuyo jefe fué desterrado, y don Francisco Javier Istúriz recibió el encargo de formar el nuevo gabinete—aquel gabinete que se conoce con los nombres de *gabinete de familia* y *gabinete casamentero*, cuya principal misión parece que consistía en allanar las dificultades que los partidos suscitaban para entorpecer la celebración de las régias bodas, que fueron por fin consumadas en 10 de Octubre del citado año.

Presentes están en la memoria de todos los hechos políticos de Istúriz desde aquella época hasta nuestros días, y nos creemos dispensados de apuntarlos en esta breve reseña biográfica: diputado unas veces, ministro otras, y embajador algunas, Istúriz vió con pena llegar la revolución de 1868, que lanzó del trono á la hija de doña María Cristina, á cuyo servicio se habia consagrado lealmente, desde 1835, el antiguo constituyente gaditano.

Achacoso hacia algunos años, enfermó de gravedad en el mes de Marzo último, y exhaló su postrer suspiro en la mañana del 2 del corriente, no sin haberse reconciliado, lleno de fé y de esperanza, con la Iglesia católica.

Poco á poco van desapareciendo los restos venerables de aquella generación de atletas de la palabra, glorias de la tribuna española, representada en los fastos contemporáneos de nuestra patria por los Argüelles y Toreno, los Istúriz y Alcalá Galiano, los Pacheco y López, los Pidal y Martínez de la Rosa.

X.

GENERALES FRANCESES.



CHANGARNIER.



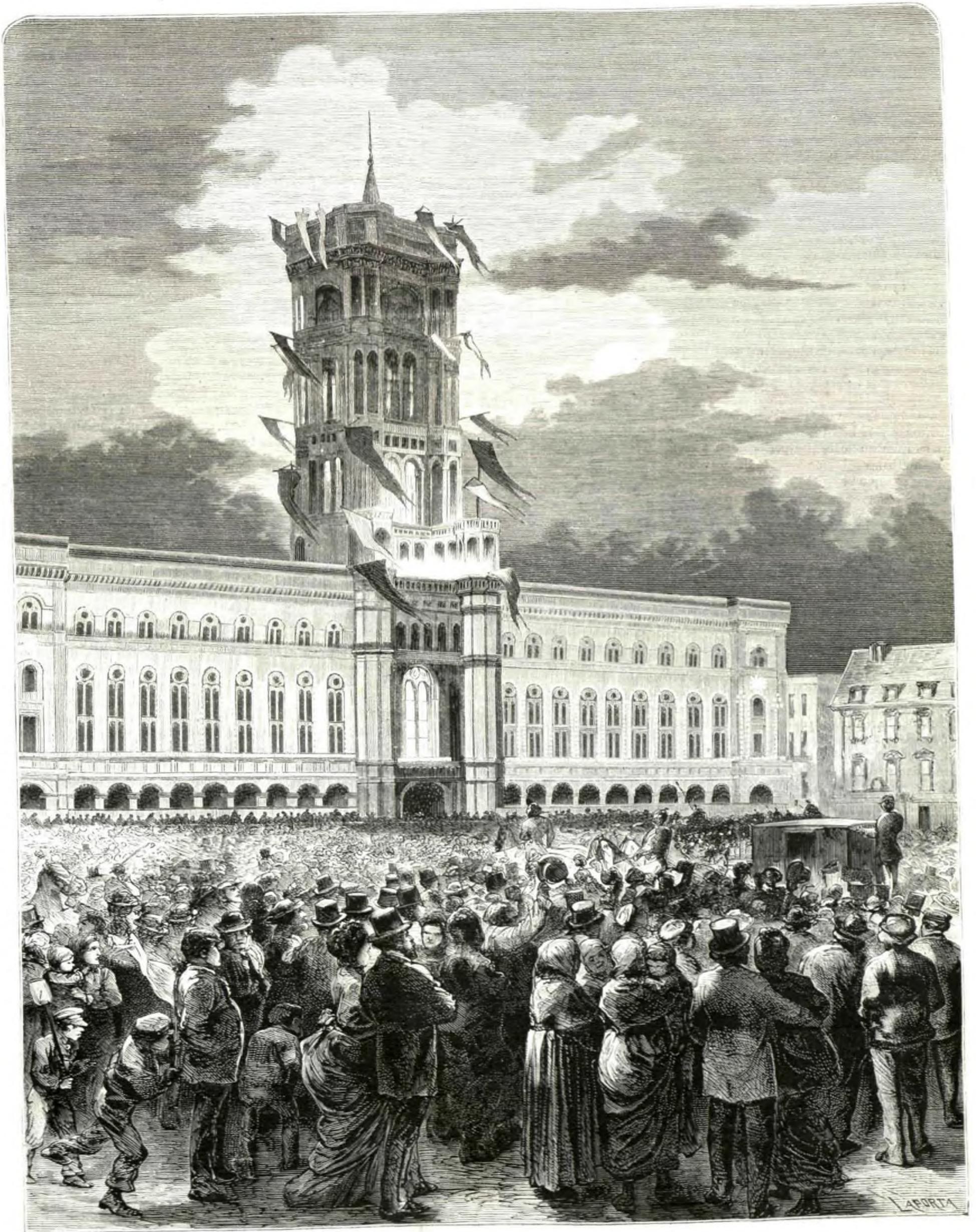
VINOY.



FAIDHERBE.



INSURRECCION DE PARIS. — A-LEVANT DE LOS AMBOS DEL ORDEN EN LA PLAZA DE VENDOME.



BERLIN — LUMINACION GENERAL CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DEL TIATADO PRELIMINAR DE PAZ.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL MAESTRO PARRA.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

Por los años de 1790 existía en la ciudad de Sevilla, y en la esquina de una de sus calles, que todavía conserva el nombre de *Gallegos*, una casa de aspecto pobre, con dos puertas practicables; una á la calle que dejamos nombrada, y la otra á una plaza de forma irregular, llamada del *Salvador*, porque en ella se halla la iglesia-colegiata de este nombre, una de las más notables de la ciudad, y que sería sin duda su mejor templo, á no existir la magnífica catedral gótica tan justamente renombrada.

Sobre ambas puertas de la casa en cuestion veíase una muestra que anunciaba, del modo más ingenioso posible, la profesion y el nombre del que habitaba en ella. La muestra contenía, pues, una *parra*, y á su sombra varios *zapatos*: objetos que, si bien no estaban pintados con maestría, no se apartaban del natural hasta el punto de que se pudiera dudar de la intencion del artista. Por otra parte, el maestro *Parra* era bastante buen zapatero; y aún sin aquel ardid, hubiera podido extender su fama con más ó ménos trabajo.

En la época á que nos vamos refiriendo, su tienda de *obra prima* era la más renombrada de la ciudad; y en ella se calzaban todos los personajes de más cuenta, desde el señor asistente hasta el último golilla.

Esta parroquia, que no dejaba de ser envidiada por todos los del oficio, proporcionaba al maestro *Parra* el trato frecuente de lo más florido de la ciudad, y hasta le había facilitado el compadrazgo de uno de los señores oidores de aquella Audiencia, que se había prestado gustoso á sacarle un niño de pila.

Aunque entónces había un deslinde más marcado entre las clases de la sociedad, y las categorías de posicion y de nacimiento ocupaban la plaza que hoy corresponde exclusivamente á los billetes de Banco, no por eso las personas de elevada jerarquía se desdaban siempre de alternar con los artesanos honrados.

El taller de nuestro buen menestral era de esto una prueba. Por las tardes se solían reunir allí á jugar á las damas un caballero *veinticuatro*, un maestrante y el señor oidor, que con el barbero de enfrente, el sochantre de la colegiata y el mismo dueño del establecimiento, sostenían reñidas pendencias de peon á peon y de dama á dama, sobre sendos tableros que la maestra limpiaba esmeradamente todos los días.

El maestro *Parra*, hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, sonrosada color, ojos alegres y chispeantes, cabello gris, mediana estatura y algo protuberante abdomen, tenía un carácter alegre, bullicioso, decididor y algo entrometido: se sabía de memoria todos los cuentos de Juan de Timoneda, todos los romances de Ginés Perez de Hita, un millon de anécdotas más ó ménos chistosas, más ó ménos extravagantes, atribuidas por él gratuitamente al pobre don Francisco de Quevedo.

Esta especie de erudicion *sui generis*, de que aquél hacía gala, le había valido ya una reputacion; y la amistad del maestro *Parra*, hombre tan alegre como inofensivo, tan honrado como amable y servicial, era generalmente tenida en mucho.

Su mujer, bajo cierto aspecto, era el reverso de la medalla. Aunque honrada y laboriosa, como su marido, y no ménos amable que él con las personas que concurrían á su establecimiento, había en su carácter un fondo de melancolia, que en vano procuraba ocultar á todas las miradas; tenía diez años ménos que su esposo, y todos los creían de una misma edad; sus ojos estaban siempre rodeados de un círculo amoratado ó rojizo; sus mejillas pálidas, su semblante sin animacion, y todo revelaba en ella una pena profunda, que no pudiendo nadie descubrir al través de su reserva, se creía generalmente efecto de alguna enfermedad interior de esas que poco á poco gastan y consumen la vida, sin manifestarse nunca lo bastante para que se la pueda combatir de frente.

Nadie sospechaba la causa de aquella continua tristeza, á pesar de hallarse á la vista de todo el mundo; nadie se explicaba cómo podía ser infeliz una mujer que, en su clase, gozaba de todas las comodidades de la vida, y cuyo esposo parecía expresamente criado para difundir á su alrededor una felicidad envidiable.

Sin embargo, la desventura de aquella mujer procedía precisamente de la conducta de su marido; porque el maestro *Parra*, con su carácter dulce y alegre, con todas las buenas cualidades que pueden adornar á un hombre, tenía un vicio que le dominaba, y este vicio era el de amar con extremo el fruto de su propio apellido.

Todos le conocían, pero ninguno le motejaba la flaqueza de ser, algo más de lo regular, aficionado al mosto; porque como hombre de régimen, y además como buen hijo de San Crispin, tenía destinados los lunes á Baco; y sólo en este día, en que ninguno de sus contertulios venía á turbarle, se entregaba completamente á la embriaguez; pero embriaguez de un carácter puramente doméstico, por cuanto lo hacía á puerta cerrada, y por el gusto sólo de beber, cosa no muy comun en los que á tal vicio se entregan; pues por regla general, siempre va acompañado de escándalos y de disgustos.

Las *monas* del maestro *Parra*, que así las llamaban en el barrio y entre sus amigos, eran á juicio de todos *monas* inocentes, sencillas, de puro placer y sin ulteriores consecuencias; todo el mundo celebraba el medio decoroso que el zapatero había sabido encontrar para *privarse*, al mismo tiempo que de la bebida, del ridículo que trae consigo una mona lucida y paseada; y todos al fin le perdonaban de buena voluntad este defecto, al ver que en el resto de la semana no llevaba jamás un vaso de vino á la boca.

Cuando sus amigos le embromaban sobre aquella extraña costumbre, decía él que aquello lo hacía por rendir un tributo á su ilustre apellido de *Parra*, el cual no sería digno de llevar, si no dedicase aquel día á santificarlo. El apellido de su madre jamás había forma de hacérselo decir, por más que con empeño se lo preguntaran; dando por razon que le era en extremo antipático.

Cuando de estas cosas se trataba, no había uno que no felicitase á su mujer, por los buenos días que debía hacerle pasar el marido, amenizando su festivo y alegre carácter con el granillo de *alpiste*. La pobre sonreía entónces tristemente, y en más de una ocasion se retiraba al interior de la casa, de donde volvía luégo con los ojos enrojecidos por el llanto; pero nadie fijaba la atencion en ello, acostumbrados como estaban á verla casi de continuo pensativa, llorosa y triste.

Veamos ahora qué era lo que pasaba todos los lunes en el doméstico hogar del zapatero, y fácilmente se comprenderá la continua amargura de su esposa.

Apenas el sol abría los ojos, abrialos también el maestro *Parra*, para fijarlos con placer en dos enormes botijas, de aguardiente la una, y de vino la otra, que dejaba preparadas el domingo, al tiempo de acostarse, á la cabecera de su lecho.

En seguida se levantaba con aire de triunfo, y decía á su mujer, señalando á las botijas:

—Manuela: vamos á saludar á mis parientes.

—; Otra más! contestaba la esposa con voz humilde y los ojos llenos de lágrimas.

—Hoy es el último lunes que me emborracho.

—; Cuántas veces me lo has ofrecido!

—Te aseguro que esta es la última vez.

—Pero si sabes que te vuelves loco, que me maltratas horriblemente, y que luégo tú mismo te quedas como muerto, durante el resto del día y toda la noche.

—Es verdad; pero... te digo que hoy nada más. Ya ves, yo me llamo *Parra*: este licor sale... como si dijéramos, de mí mismo... Hoy nada más; déjame despedirme de mi familia.

—Haz lo que quieras.

—Sobre todo, que no se enteren nuestros parroquianos...

—; De que me maltratas? Ya sabes que por tu mismo honor á nadie se lo he dicho. Eso te haría perder

su consideracion y su amistad, y se hablaría de tí en el barrio.

—; Pobre Manuela!... La última vez, la última vez.

Y á pesar de esta exclamacion, era tal el afecto que el maestro *Parra* profesaba al líquido, que él llamaba su familia, que, sin poder contenerse, se echaba las botijas á pecho, y no las dejaba hasta despues de haber trasegado á su estómago una buena parte de su contenido.

Esta operacion, repetida diferentes veces en las primeras horas de la mañana, trastornaba el juicio del zapatero y lo convertía en otro sér enteramente distinto del que era habitualmente. De alegre y jovial, tornábase en taciturno é irascible; apoderábase de él una especie de locura, que le hacía prorumpir en amenazas; rompía y destrozaba cuanto podía haber á las manos; daba furiosos golpes á su infeliz mujer, que los sufría en silencio con la resignacion de una mártir, y al cabo se dejaba caer al suelo, dominado por aquella especie de fiebre, insensible como un cadáver; y sin otro movimiento que el de su agitada respiracion, era conducido al lecho por la pobre Manuela, que velaba á su lado hasta la mañana siguiente, en que abría los ojos para pedirle perdon, al saber los excesos que involuntariamente había cometido.

Tal era, pues, la causa de la continua tristeza de aquella mujer, que, saliendo de la regla general de su sexo, prefería sufrir en silencio su dolor á publicar las faltas de su esposo.

Pero el tiempo pasaba; los lunes, aquellos días tan fatales para ella, se sucedían con una uniformidad dolorosa, á pesar de las promesas del marido, tan pronto hechas como olvidadas. La infeliz mujer era ya madre; tenía dos existencias que conservar; veía por término á aquellos horribles períodos algun desastre más horrible todavía, y pidió al Señor con todas las veras de su alma que la librase de aquel infortunio.

En uno de los días en que con tanta amargura lloraba, acertó á entrar el oidor, que aunque de carácter alegre, como todos los que allí se reunían, era un anciano respetable y naturalmente bondadoso. La mujer del zapatero no pudo ocultar sus amargas lágrimas; su esposo había salido; el amor filial hacía más profunda su pena; la franca bondad de su compadre pedía una explicacion de aquel continuo llanto; su discrecion excusaba la confianza, y su experiencia podía darle quizás un buen consejo. Manuela lo confió todo al oidor, que informado de los pormenores, y despues de reflexionar un rato, le propuso un remedio para curar el vicio de su marido; pero con la condicion de que nadie, ni aún ella misma, había de saber qué remedio era, hasta el momento de ponerlo en práctica.

El deseo que ella tenía de conseguirlo le hizo aceptarlo con resolucion, confiada al mismo tiempo en la promesa de que el remedio no perjudicaría á su esposo.

Obtenida la vènia de su comadre, el bueno del oidor empezó á preparar todo lo necesario para el fin que se proponía, y sin decir de ello á nadie una palabra, siguió concurriendo á la tertulia todas las tardes, como lo tenía de costumbre, encargando sigilosamente á la mujer del zapatero que sufriese, con la misma resignacion que las anteriores, la paliza habitual que el lunes próximo le aguardaba, teniendo por seguro que aquella sería la última que le quedaba que recibir por aquel motivo.

La semana aquella pasóse sin novedad, como todas; las damas y el *ventoy* dieron sobrado entretenimiento á los tertulianos del maestro *Parra*, para que no se ocupasen en hablar de otra cosa, y por último llegó el domingo, día que el oidor y el zapatero, por distintas razones, deseaban, dia temido por la pobre Manuela, como víspera de su martirio, y más que todo por la dura prueba á que sin duda iban á exponer á su esposo.

Al salir de la zapateria el sochantre y el barbero, el oidor los citó para la noche siguiente á su casa, dando á la cita tal importancia y misterio, que aquellos no pudieron dudar de que se trataba de un grave asunto; por consiguiente, ambos le ofrecieron ser puntuales y estar á sus órdenes á la hora prefijada.

En la casa del maestro de obra prima, excusado es decir que el domingo en la noche se repitió la escena de costumbre con sus preparativos, sus protestas de ser aquella definitivamente la última vez, y todos los demás accidentes con que el alumno de San Crispin amenizaba las vísperas de sus extrañas fiestas.

El lunes comenzó como todos los lunes comenzaban; sólo que el período de frenética locura, y por consiguiente la paliza á la pobre mujer, se anticipó algo más que otros días, ya porque el líquido fuese quizás más espírituoso, ya porque la cantidad, y esto es lo más probable, hubiese sido mayor que de costumbre. Lo cierto es, que á las doce del día, Manuela tenía el cuerpo lleno de cardenales, y el maestro Parra estaba ya tendido en el suelo, sin dar otras señales de vida que su respiración agitada y frecuente. Su infeliz esposa lo condujo con mil trabajos al lecho, y se sentó á su cabecera, aunque con la seguridad de que todos sus esfuerzos serían inútiles para hacerle que despertase, hasta despues de haber dormido quince ó veinte horas, que eran las que regularmente duraba el efecto del espírituoso narcótico.

A la caída de la tarde vino el oidor á cerciorarse por sí mismo del estado de su compadre, y lo halló, como queda dicho, semejante á un tronco, privado de toda sensación y de todo movimiento, sobre lo cual hizo algunas pruebas que no le dejaron la menor duda.

Satisfecho al parecer del estado de insensibilidad en que el zapatero se hallaba, despídióse de su esposa y encargóle que le esperase á las diez de la noche, en cuya hora vendría con sus amigos, el sochantre y el barbero, para poner en práctica lo que tenía proyectado.

Las primeras campanadas de la *queda*, misterioso y lúgubre anuncio del silencio de las altas horas de la noche, resonaban en la Giralda; á su tañido, las calles se quedaban oscuras y desiertas, y sólo se veía de cuando en cuando atravesar algún embozado, que á toda prisa iba en busca de su hogar, si ya no era algún enamorado mancebo, que con el corazón henchido de ilusiones, se dirigía hácia la reja en que le aguardaba su dama. En la época á que nos referimos, pocas personas se atrevían á estar fuera de su casa á las diez de una noche de invierno; y las que por casualidad y sin un poderoso motivo se hallaban fuera de ella á tal hora, corrían á buscarla presurosos á las primeras campanadas de la queda; de modo que sólo quedaban en la calle los enamorados y los malhechores, temibles á veces los primeros, tanto como los segundos, por el prurito de impedir caprichosamente el paso á los que transitaban, sin otro objeto que el de lucir su valor y su osadía delante de la señora de sus pensamientos, ofreciéndoles como un tributo la humillación del que volvía atrás, por evitar la pendencia, ó el peligro de medir sus armas con él en medio de la calle.

La de Gallegos, que como ya hemos dicho, se llamaba la del maestro Parra, estaba como boca de lobo y desierta como un cementerio, cuando desembocaron por ella cuatro hombres, que, doblando la esquina, se pararon en la puerta del zapatero. Los cuatro iban embozados en sus capas, y el último llevaba un bulto debajo de ella sujeto con una mano, y en la otra conducía una escalera como de dos varas de longitud y media de anchura.

Apenas llegaron á la puerta, el que iba delante tocó el aldabon con cierto misterio, y una voz de mujer respondió en seguida:

—¿Quién es?

—Somos nosotros; abra usted, comadre, contestó el que había llamado, que no era otro que el oidor, siendo los tres que le acompañaban el sochantre y el barbero, que enterados por él, secundaban con gusto su propósito, y un criado de confianza, que era el que llevaba la escalera y el bulto.

La puerta se abrió, y los cuatro penetraron en la casa.

Luégo que Manuela supo el proyecto que allí los conducía, trató de oponerse á su ejecución; pero tales fueron las razones con que los tres amigos la apoyaron, tal la seguridad que de sus resultados le ofrecieron, y tan grandes eran por fin sus temores de se-

guir en aquella vida, que dejando á los tres toda responsabilidad ante Dios, ante el mundo y ante su marido, y confiada en la gravedad de los que le aconsejaban, cerró los ojos, ocultóse en su aposento y los dejó obrar como mejor les pareciese.

No bien quedaron solos los cuatro con el maestro Parra, comenzaron las pruebas sobre su insensibilidad; y asegurados perfectamente de ella, el barbero sacó los instrumentos de su oficio, y en un abrir y cerrar de ojos la cabeza del zapatero quedó transformada en la de un verdadero fraile, con su cerquillo y su corona. El criado sacó inmediatamente el bulto que llevaba debajo de la capa, que era un hábito franciscano, con el cual vistieron al insensible compadre del oidor, y colocándolo en seguida sobre la escalera, como si fuese un cadáver, lo suspendieron entre los cuatro, y salieron con él hácia la plaza de San Francisco, donde se hallaba situado el convento de que tomó el nombre.

Llegados á la puerta, soltaron en el suelo la pesada carga: uno de ellos llamó, y al instante salió á abrir un religioso, diciendo:

—¿Qué se ofrece, hermanos?

—¿Qué ha de ser? respondió el barbero ocultando el rostro, para no ser conocido; que nos hemos encontrado en la calle, al volver á nuestra casa, este pobre religioso en el lamentable estado que se deja ver, y por respeto á la santa Orden lo hemos recogido, y aquí lo traemos para que la comunidad disponga de él lo que tenga por conveniente.

Y dicho esto, introdujeron al supuesto fraile en el portal, y con las bendiciones del franciscano atónito se retiraron á aguardar el desenlace de tan arriesgada como diabólica aventura.

Apenas el portero dió aviso al guardian de lo que pasaba, reunió éste toda la comunidad, y vió con asombro que no faltaba ningún religioso. Dirigiéronse luégo al portal, donde se hallaba aún el maestro Parra, tendido en el suelo; todos le rodearon, todos lo examinaron con detención; pero nadie le conocía. Visto esto, y que el bueno del fingido fraile no respondía ni daba muestras de salir de su letargo, lo condujeron á una celda, donde lo dejaron encerrado hasta que llegase la mañana, convencidos de que sería algún religioso de uno de los conventos de la provincia, que viniendo á la capital, de orden de su superior, para algún asunto importante, se habría dejado dominar por el demonio de la bebida, hasta caer en aquel lastimoso estado.

Los padres graves de la comunidad se reunieron para tratar del ejemplar castigo que debía imponerse, por su grandísima falta, á quien tan en poco había tenido el nombre y el decoro de la respetable Orden; pero, habiendo al fin decidido oír al culpable ántes de imponerle una pena, acordaron ir á interrogarle cuando ya fuese de día, al salir del coro.

Las seis de la mañana serían apenas, cuando el primer rayo de luz que entró por la ventana de la celda en que se hallaba encerrado el maestro Parra, hirió súbitamente sus ojos y empezó á sacarle de su letargo.

Como la *mona* estaba ya completamente dormida y reposada, y era además la hora en que el zapatero tenía costumbre de levantarse, despertó sin dificultad; abrió los ojos, y medio dormido todavía, comenzó á buscar á su mujer á su lado, pronunciando entre dientes este monólogo:

—¿Manuela!... ¿Qué noche tan larga! ¿Manuela?... ¿Qué diablo de cama tan dura!... ¿Tengo molidos los huesos!... Pero... ¿dónde estoy? Esta no es mi alcoba... ¿Manuela!

Y gritando así, se incorporó en la tarima que le servía de lecho; vióse de tan extraña manera vestido, palpóse la cabeza, y creció más y más su admiración y subió de punto su espanto.

—¿Qué es esto, Dios mio! exclamó al fin. ¿Es una pesadilla horrible, el efecto de mi vicio, ó me he vuelto loco?

Y al decir esto, y disponiéndose ya á saltar en el suelo y pedir socorro, sintió torcer la llave en la cerradura, la puerta se abrió, y varios religiosos le rodearon.

El zapatero, mudo de estupor, con los ojos desecados, inmóvil y con la sangre helada en las venas, miraba al rededor de sí, como si estuviese rodeado de horribles fantasmas.

Al fin, uno de los religiosos le habló en estos términos:

—Hermano: diga su caridad quién es, de dónde ha venido, y por qué, con escándalo de la religion y detrimento de su alma, se le ha encontrado anoche ébrio en medio de las calles, como un seglar indigno.

El maestro Parra no contestó; no podía contestar una palabra á aquella para él ininteligible pregunta.

El guardian le mandó que respondiese bajo santa obediencia.

El zapatero permaneció inmóvil y mudo.

Los religiosos se miraban unos á otros, sin comprender lo que aquello significaba.

Hecha por tercera y cuarta vez la misma pregunta, y viéndose el infeliz amenazado por desobediente, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y con palabras entrecortadas por la estupefacción y el miedo, respondió de esta manera:

—No se cansen ustedes en preguntarme!... Que vayan á la calle de Gallegos... esquina á la plaza del Salvador... Allí... hay una zapatería... y en ella una mujer... que se llama Manuela... Que le pregunten... si está allí su marido, el maestro Parra... Si el maestro Parra no está allí, entónces... soy yo; pero si está allí... ¡yo no sé quién soy!...

Al mes de esta ocurrencia, la zapatería del maestro Parra había sido sustituida por una tienda de peínero. Todos preguntaban qué había sido del maestro de obra prima. Nadie lo sabía positivamente.

Algún tiempo despues, un zapatero se establecía en un extremo de la ciudad; á su casa concurrían casi diariamente el oidor, el barbero y el sochantre, que ya conocen nuestros lectores; la muestra del establecimiento decía así:

Aguado, zapatero.

Y era que el maestro Parra había renegado completamente de su primer apellido, adoptando por fin el de su madre, de que ántes se avergonzaba.

Jamás pudo perder la costumbre de beber los lunes; pero habiendo aborrecido el vino y toda clase de licores espírituosos, *honraba de nuevo á su familia*, al lado de la fuente que en el patio tenía la casa.

Manuela descansó, gracias al ardid de su compadre; el zapatero, hay quien asegura que á los pocos años murió opilado.

Yo, lector querido, no soy más que el eco de la tradición.

Y no quito ni aumento;
como me lo contaron, te lo cuento.

JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALBA.

APERTURA DE LAS CORTES.

El grabado que ofrecemos á nuestros suscritores en la pág. 492 representa la solemne ceremonia de la apertura de Cortes, que tuvo lugar el día 3 del actual, bajo las majestuosas bóvedas del salón de sesiones del Congreso.

A las dos y cuarto de la tarde del citado día anunció el señor Presidente interino de la Cámara la llegada de S. M. el rey, y acto continuo entró éste en el salón, precedido de las comisiones de ambas Cámaras, y seguido de los señores que componen el actual Gabinete y de los jefes militares de Palacio.

Ya para entónces, ocupaba la tribuna diplomática la mayor parte de los representantes de las naciones extranjeras, siendo muy considerable el número de señoras que lucían sus galas, tanto en los bancos del salón como en las demás tribunas.

Subido el rey al estrado, en el que sobre una mesa tapizada de brocado se ostentaban los atributos reales, y sentado en el trono, adornado ya con la cruz de Saboya, mandó tomar asiento á los concurrentes al acto

que hasta entonces habían permanecido en pié. En seguida el Presidente del Consejo de Ministros puso en manos del rey el discurso de apertura, que ya conocerán nuestros lectores, quien le leyó con voz fuerte y pausada.

Terminada la lectura y declaradas abiertas las Cortes, saludó el rey á las Cámaras y abandonó el salon, dirigiéndose poco despues á su palacio de la plaza de Oriente.

JOYERO OFRECIDO Á S. M. LA REINA.

Una bella obra de arte representa el primer grabado de esta página.

Es un lindo joyero de plata, oro y piedras preciosas, construido por el diestro artífice y fiel contraste toledano don Felipe Rodriguez y Palacios, quien lo presentó en la Exposicion artistica celebrada en la imperial ciudad en 1866, mereciendo una medalla de plata.

Basta examinar el dibujo para advertir que el indicado objeto de tocador es de mucho gusto artistico; el cuerpo principal es de plata, los lazos y colgantes que le adornan de oro, y sus caprichosos dibujos están salpicados de topacios, granates y amatistas, formando un conjunto delicado y bello.

El señor Rodriguez y Palacios ha tenido el gusto de ofrecer tan linda obra á S. M. la reina doña María Victoria, y fué recibido por S. M. el rey en audiencia particular, en la tarde del 24 de Marzo último, logrando la acogida más benévola.



JOYERO DE PLATA Y ORO REGALADO Á S. M. LA REINA.

GENERALES FRANCESES.

CHANGARNIER.

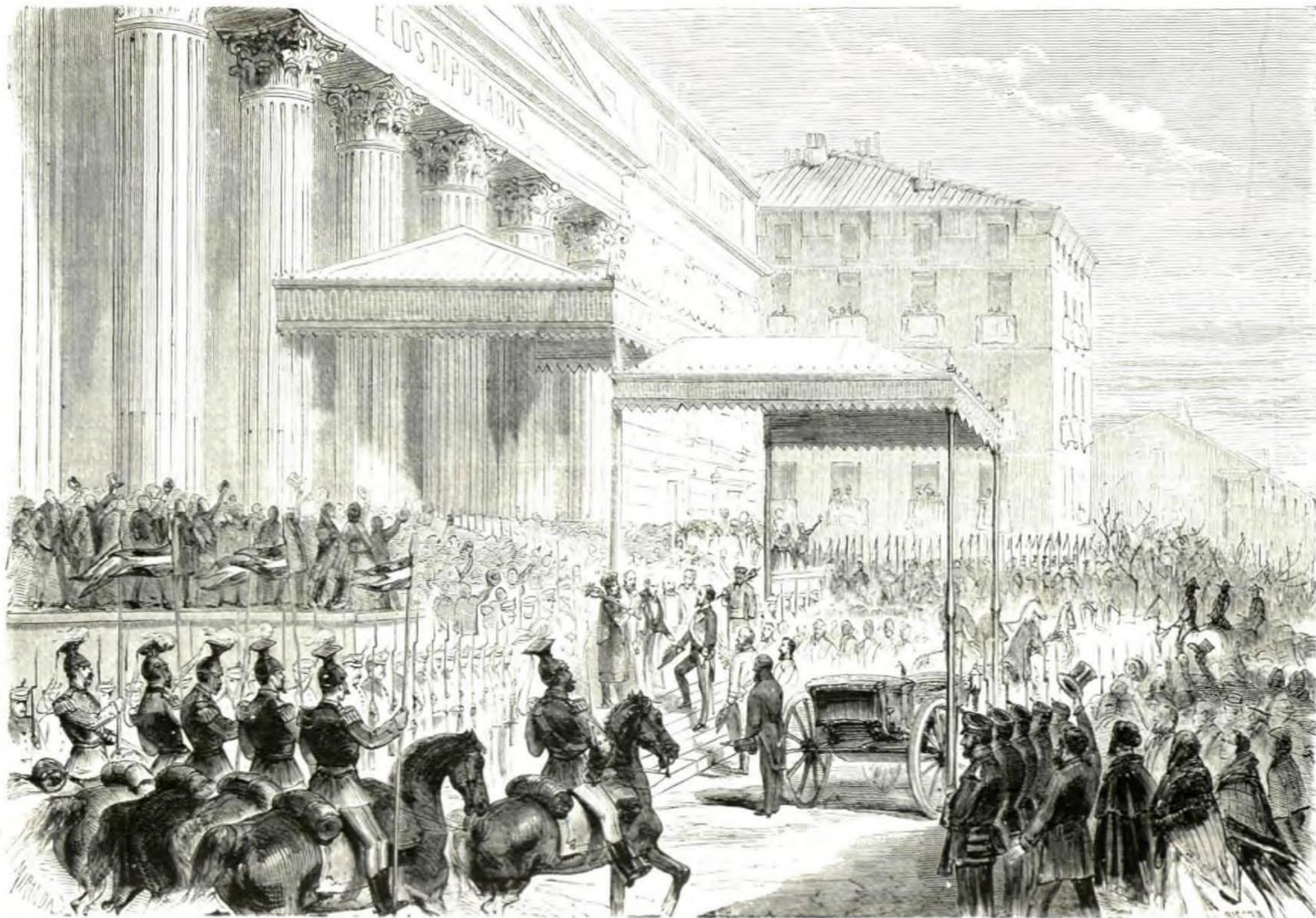
Nicolás Ana Teodoro Changarnier, guardia de corps del rey Luis XVIII en 1815, teniente en 1823 en el ejército expedicionario del duque de Angulema, era capitán de Guardias en 1830, al consumarse la revolucion de Julio que arrojó del trono de la Francia á los Borbones de la rama primogénita.

En Argelia sirvió gloriosamente hasta 1848, y la historia habrá apuntado los brillantes servicios de este bravo general en los combates de Mascara y Constantina, y en las ricias peleas que sostuvo contra las belicosas tribus africanas de Medeah y de la Mouzaia.

En 1847 dióle el mando de la division de Argel el valeroso duque de Aumale; pero Changarnier, al advenimiento de la república, fué uno de los primeros generales que ofrecieron su espada al gobierno provisional, y los revolucionarios parisienses le eligieron diputado para la Asamblea constituyente.

Era comandante general de la Guardia nacional de París en 1851, y Luis Napoleon Bonaparte, príncipe presidente, al realizar el golpe de Estado, mandó encerrar en Mazas al general Changarnier, severo republicano entonces, que no había querido aceptar las halagüeñas ofertas que le hiciera el nuevo César francés.

Residió en Bruselas durante largos años, alejado completamente de la política, y el emperador Napoleon, que no podía olvidar al leal soldado de África, le





EL MENSAJE DE AMOR.

nombró en 1859 gran oficial de la Legión de Honor.

Al estallar la guerra franco-alemana, Changarnier pidió al emperador, en una conmovedora carta, bien conocida, un puesto en el ejército francés, aunque fuera de simple soldado; pero negósele esta súplica, y sólo fué llamado al cuartel imperial después de las derrotas de Forbach y Woerth.

Enfermo se halla en Burdeos, y deplorará ciertamente las nuevas y terribles desgracias que amenazan á la Francia.

VINOY.

Este bravo general es el tipo más cumplido del soldado francés.

Él ha sabido elevarse, desde humilde voluntario de infantería, á los primeros puestos de la milicia; su hoja de servicios es de las más brillantes, y en los campos de batalla de África, de Crimea y de Italia, se le vió siempre en la senda del honor y del peligro.

Antiguo coronel de zuavos, su regimiento era llamado *Militaire* por el amor á la disciplina, el respeto á los deberes militares que había sido infundir en el ánimo de sus soldados este valiente jefe.

Confiósele el mando del 43.º cuerpo de ejército, y la retirada de Mezières hará honor á su nombre, y tendrá un lugar no despreciable en las páginas de la guerra franco-alemana: Vinoy, maniobrando constantemente delante de un enemigo victorioso, que le perseguía de cerca después de la catástrofe de Sedan, consigue llegar á París antes que los primeros hulanos del ejército del príncipe real de Prusia hubiesen entrado en las tortuosas calles de la antigua é histórica Reims; y es preciso tener en cuenta que las tropas de Vinoy, formadas con *regimientos de marcha*, eran ménos hábiles, quizá también ménos *militares*, que los bizarros soldados que comandaban Mac-Mahon y Bazaine.

En Choisy-le-roi, en Villejuif, en Saint-Germain, batiéronse los sitiados parisienses, á las órdenes de Vinoy, contra fuerzas enemigas superiores en número; y si el bravo general no consiguió acercarse al ejército del Loire, como lo intentaba, nadie seguramente habría podido hacer más, delante de la férrea cadena que los alemanes habían forjado al rededor de París.

Actualmente se halla en Versalles, mandando un cuerpo de ejército fiel á la Asamblea nacional, y no es aventurado suponer que desempeñará un papel importante en el nuevo drama que empieza á representarse en la desgraciada nación francesa.

FAIDHERBE.

Nació en Lille el 3 de Junio de 1818. Decidido á seguir la carrera militar, hizo sus primeros estudios en Metz, y en 1840 salió de la Escuela politécnica con el grado de subteniente, no tardando mucho tiempo en poder apreciarse su valor en los campos de batalla.

Su capacidad se utilizó en comisiones especiales, y después de haber estado en África desde el año 1844 al 1852, fué nombrado gobernador del Senegal. En esta colonia estuvo desde 1854, debiéndose á sus acertadas disposiciones, tanto administrativas como militares, la anexión de todos los territorios con que ha sido aumentada aquella ya riquísima colonia; y cuando el Gobierno de la defensa nacional carecía de oficiales superiores, le envió á Lille, país natal de Faidherbe.

Después del desastre de Sedan agrupó los guardias móviles y la Guardia nacional del Norte, formando un cuerpo de ejército; mas careciendo de artillería de campaña, se apoderó de los cañones que en su concepto eran inútiles en determinadas plazas.

Una vez organizado este pequeño ejército, y después de reconcentrar sus tropas en Douai, salió al encuentro del general Mantouffel, teniendo entonces lugar, el 2 de Enero, la sangrienta batalla de Bapaume.

En los últimos días de la guerra, Faidherbe ha sostenido rudos combates en las cercanías de Le Mans y de Lille contra las numerosas huestes prusianas de Manteuffel y del príncipe Federico Carlos.

FIESTAS EN BERLIN.

El 22 de Marzo último se cumplía el 74.º aniversario del nacimiento de Guillermo I, emperador de Alemania.

Ratificados los preliminares de la paz por la Asamblea nacional francesa, el nuevo Cesar, que había mostrado deseos de celebrar en el palacio de Berlin, y al lado de la emperatriz Augusta, la fiesta de su cumpleaños, abandonó el cuartel general de Versalles y se dirigió á la capital del imperio de Alemania.

Llegó casi de incógnito, acompañado por el inseparable conde de Bismarck, y esperábanle en la estación de Berlin algunos altos dignatarios alemanes; pero el vencedor en Sedan, que volvía cubierto de gloria, coronada la frente con los laureles de los triunfos militares más grandes que registran los anales modernos, y quizá también los antiguos, ocultóse modestamente á los ojos de la entusiasta muchedumbre que le preparaba una ovación magnífica.

Las fiestas, sin embargo, fueron espléndidas, y nuestro grabado de la pág. 489 da una idea de la sorprendente iluminación con que los berlineses solemnizaron la vuelta del victorioso monarca.

El paseo de los Tilos pareciase á una inmensa asena de oro, y luces de brillantísimos colores esmaltaban las copas de los árboles, los balcones de las casas y palacios, los pedestales de las estatuas, los arcos y torres de los templos.

Berlin estaba embriagado de alegría y cantaba loores al vencedor de la Francia.

Y quizás en aquellos momentos de entusiasmo, entre los ecos de la exaltada muchedumbre que victoreaba á Guillermo I, se confundía el triste gemido de alguna viuda inconsolable ó de algún desvalido huérfano, que decía tal vez con desesperado acento:

—¡Maldita sea la guerra!

EL MENSAJE DE AMOR.

Hé aquí un tiernísimo episodio del sitio de París. Sofía de..., hermosa jóven de diez y ocho años, huérfana de madre, perdió también á su padre, coronel de un regimiento de línea, en el rudo combate de Mars-la-Tour.

Descendiente de una de las familias más aristocráticas de Bretaña, ese histórico y nobilísimo solar de la Francia, sólo contaba en el mundo la desconsolada huérfana con el amparo de una virtuosa hermana de su padre, anciana señora que residía en Nantes.

El hijo mayor de esta, Emilio de..., capitán de zuavos, amaba entrañablemente á su bella prima Sofía, y el bravo coronel, que murió por la patria en Mars-la-Tour, habría bendecido la ya concertada boda de los dos primos, si el horrible genio de la guerra, azote de los pueblos, no hubiese reclamado en el campo de batalla la sangre y la vida de aquel valiente soldado.

Lloró la pobre niña amargamente al saber la inmensa desgracia, y cuando pudo adivinar los peligros de París en los días azarosos de un porfiado sitio, y pensó en huir á Nantes al lado de su noble tía, los periódicos parisienses anunciaron tristemente que las avanzadas del ejército alemán habían aparecido ya en las cercanías de Saint-Germain, de Versalles y de Marais, intentando encerrar la gran ciudad en ancha cárcel de bayonetas y cañones.

La imaginación de las mujeres enamoradas es bien fecunda en recursos salvadores.

Recordó Sofía que los sitiados de Strasburgo, de Metz, de Thionville recibían mensajeros alados, y encerrando en una jaula dos lindas palomas, que cuidaba con exquisito desvelo, llamó á un viejo criado de su padre, y le dijo:

—Corre á Nantes, dále á mi tía estas palomas, y dile que espero noticias, aunque fueran tristes.

El leal servidor cruzó sin obstáculo al través del ejército enemigo, que aún no había formalizado el cerco de la gran ciudad.

Mas pasaron tres meses, y la desconsolada huérfana esperaba en vano los anhelados mensajes.

¡Cuántos desastres para la Francia en aquel breve

período! ¡Cuántas angustias para los sitiados parisienses!

Todos los días la pobre jóven subía muchas veces á la azotea de su casa, miraba con inquietud el ancho espacio, y suspiraba por el alado mensajero que debía llevarla nuevas de su fiel amante y prometido.

En vano, porque la blanca paloma no llegaba.

Pero en la mañana del 8 de Diciembre, cuando la triste Sofía, acompañada de su doncella, estaba llorando en la azotea, una paloma apareció en los aires y dirigió su rápido vuelo hácia las dos apenadas jóvenes.

—¡Mírala! ¡Mírala!—gritó con exaltación Sofía.

Y acercóse velozmente á la barandilla de la azotea, extendió los brazos y llamó con dulces ecos á la inocente ave mensajera.

Era esta, en efecto, una de las dos palomas que el viejo criado de la huérfana había llevado á Nantes, y fué á posarse en las blancas manos de la jóven, como si quisiese entregarla el pequeño billete que traía escondido entre las plumas.

Este billete era un mensaje de amor y de esperanza.

¡Emilio vivía y la amaba!

Tal es el tiernísimo episodio que ha inspirado á un distinguido artista el bello y correcto dibujo que aparece en la pág. 493.

TENTATIVAS

PARA FUNDAR LA ÓPERA ESPAÑOLA.

MARINA.

Si necesario fuese buscar algún ejemplo en demostración del desden con que nuestros gobernantes de todos tiempos han mirado el progreso del arte musical en España, la historia lamentable de los esfuerzos hechos para que nuestra patria llegase á tener ópera nacional lo daría elocuentísimo.

Desdichada ha sido siempre la suerte de la música en España. Cuando los monarcas facilitaban la fama de Juan de Herrera con monumentos como el monasterio de San Lorenzo, ó se dignaban admitir entre sus criados á don Diego Velazquez, el músico encontraba para refugio el oscuro rincón de un órgano de catedral, y para poder vivir, por aficionado que fuese á la vida de familia, tenía que contentarse con la esposa de Nuestro Señor Jesucristo y pronunciar votos que le ligasen á perpétuo celibato.

Sepultadas en el olvido hubiesen quedado las obras de nuestros insignes maestros de capilla, si una asociación de profesores, en estos modernos tiempos, contando con sus escasos recursos y su fé en el arte, no las hubiesen dado á la estampa en *La lira sacro-hispana*, probando á los cruditos de Europa que en esta tierra hubo, tantos ó más que en cualquier otra, dignos rivales de Palestrina, y desprecio bastante á su ciencia para que, ni sus contemporáneos, ni los que después de ellos fueron poderosos en España, cuidasen de darle siquiera el premio de la publicidad que, honrando á tan famosos maestros, honraba el nombre español.

Por fortuna, para esta empresa bastó el esfuerzo individual; pero ¿basta para fundar la ópera española? En mi sentir, no.

Á la vista tengo una erudita Memoria de mi querido amigo el profesor don Antonio Romero, uno de los más entusiastas paladines de la ópera española, y en ella encuentro narradas diferentes tentativas para realizar este pensamiento. Veamos sus resultados.

Sin necesidad de acudir á épocas anteriores, allá por los años de 1846 á 1847 un hombre, más á propósito para concebir grandes ideas, que para ejecutarlas, el maestro Scarlati, buscó y obtuvo la protección de altas personas para fundar la Academia Real de Música, donde empezando por dar una enseñanza completa del arte, debía concluirse por crear la ópera española, y se concluyó por no hacer nada de provecho.

No desmayó el maestro Scarlati, y pocos años después intentaba el mismo objeto, no ya por medio de academias, sino llevando á la escena del vetusto teatro de la Cruz una ópera cuya letra y música compuso, y que con el título de *Lanzas y medias lunas*, vimos fracasar los aficionados que no estamos ya precisamente en la primavera de la vida.

Una juventud llena de generosos sentimientos, ávida de honra artística y necesitada de provecho, comprendió que el público acaso fué justiciero al ver con indiferencia aquel episodio de las guerras de moros y cristianos que, en vez de *Lanzas y medias lunas*, llamaban los graciosos de entonces *Tapas y medias*

zuelas, y persistiendo en el propósito del maestro Scarlati formó la llamada *España musical*, que era una asociación de profesores para fundar la ópera española. Nuestros artistas tenían ya cada cual su *partitura* debajo del brazo; pero la ópera española no llegó á nacer, viendo sólo la luz una especie de ópera sietemesina, la calumniada zarzuela, único refugio hasta hoy, y acaso por algún tiempo, de los que aspiran al nombre de compositores dramáticos, y donde alcanzaron merecida reputación los Barbieri, Arrieta y Gaztambide.

El antiguo secretario del Conservatorio, don Rafael Hernando, á quien el arte musical en nuestra patria debe señalados servicios, y que por entonces (1849) acaba de llegar de París, comprendió con acierto que en los asociados de la *España musical* entraban por mucho las ilusiones, y abrió el camino de la ópera cómica española, de nuestra zarzuela, espectáculo hoy nacional, con vida propia, que nació y creció al calor de los aplausos del público, y á despecho de las maldiciones de empresas y escritores temerosos de que el nuevo género hiciese concurrencia á la dramática española, no tanto de gloria, como de productos.

Nueva tentativa se hizo en el año de 1861 para la fundación de la ópera española, y esta vez, á mi juicio, por mejor camino que las anteriores. Sacábase entonces á subasta el teatro Real; era ministro de la Gobernación el señor marqués de la Vega de Armijo, y algunos profesores creyeron conveniente apelar á su patriotismo, para que se pusiera al nuevo empresario la obligación de admitir y hacer cantar en este coliseo, al menos una ópera española cada año. Contratose el teatro con esta condición, y en efecto, no se cumplió.

Tres años después, el señor Hernando presentaba al ministro de Fomento, señor Alcalá Galiano, una Memoria llena de datos por demás curiosos y prácticos, para la creación de una Academia científico-musical, destinada á resolver el problema. Esta Academia debía excitar, por medio de premios, á que se escribiesen, primero *libretos*, y después *partituras*; pero el concienzudo trabajo del señor Hernando debió servir de punto de partida para algún expediente de esos que se despachan por sí solos, descansando hasta la consumación de los siglos y bajo una venerable capa de polvo, en el escondido rincón de un estante ministerial, ó pereciendo entre los dientes de algún roedor, privado, por efecto de las circunstancias, de comida más nutritiva.

Llegamos en este rápido bosquejo á una tentativa verdaderamente seria, y que creo será la base de la ópera española. Ahora, como en los anteriores esfuerzos, contrasta la fe y la abnegación de los amantes del arte con la fría indiferencia del gobierno, que en punto á música parece se contenta con la celestial, ó que opina como el insigne don Francisco de Quevedo, quien decía en su lecho de muerte al que le pedía órdenes para su entierro: «La música, que la pague quien la oiga.»

Reunidos un día en casa del profesor don Antonio Romero los jóvenes compositores don Rafael Aceves y don Valentin Zubiaurre, el profesor don Juan Jimenez, el director de la *Gaceta Musical* señor Parada y Barreto, y el editor de música don Bonifacio Eslava, trataron acerca de los mejores medios para fundar la ópera española de un modo estable, y convinieron en abrir un concurso, ofreciendo premios en metálico á los compositores de las mejores óperas, para que al ménos no fueran completamente infructuosos sus afanes.

Los fondos necesarios para los premios ofrecieronlos desde luego los señores Romero, Zubiaurre y don Bonifacio Eslava, y á esta generosa suscripción contribuyeron, cuando llegó á noticia suya, don Remigio Calahorra y el maestro don Hilarion Eslava, la mayor de nuestras glorias musicales contemporáneas.

Redactadas las bases del concurso, publicáronse con las firmas de don Antonio Romero, don Bonifacio Eslava y el maestro don Emilio Arrieta, que desde luego ofreció su apoyo á esta patriótica empresa, tomando parte muy activa en su realización. El concurso se verificó, y cuatro óperas fueron premiadas, una del maestro de capilla de Búrgos señor Barrera: de cuya *partitura* hacen grandes elogios cuantos la conocen; otra del señor Zubiaurre; otra de los hermanos Fernandez, y otra finalmente de los señores Llanos y Aceves. El propósito de los entusiastas iniciadores del pensamiento estaba cumplido en cuanto á las óperas; pero la dificultad de siempre, la dificultad insuperable, la de ponerlas en escena, continuaba en pie.

Publicada la adjudicación de premios, el actual empresario del teatro de la ópera acudió á casa de don Hilarion Eslava, mostrando deseos de poner en escena una de las obras premiadas, y de contribuir por tal medio á la creación de la ópera española. Este primer

paso del empresario, señor Robles, es digno de elogio y una lección merecida para los que, debiendo haber hecho del teatro Real, teatro de la Ópera española, jamás se cuidaron de tal cosa.

El señor Eslava refirió á los compositores, que eran los especialmente interesados en que se cantasen sus óperas, el ofrecimiento del señor Robles; pero éstos, con sobrada razón, no creyeron prudente ni acertado para arraigar la ópera española, exponer sus primeras obras á la comparación inevitable con lo más selecto del repertorio italiano y francés que de continuo se canta en el citado coliseo.

Una comisión compuesta de los señores Arrieta, Monasterio y Romero se presentó al señor Robles proponiéndole que dividiera en dos periodos la temporada teatral; el primero de tres meses, desde Octubre á Enero, podía ser exclusivamente de ópera española; y el segundo, desde Enero á Mayo, de ópera italiana.

El proyecto era tanto más fácil de ejecutar, cuanto que en realidad no habria que variar, para el paso de una á otra temporada, más que los cantores principales, y quizá no todos, pues sabido es que los artistas españoles, capaces de ser intérpretes de las nuevas óperas, cantan también en italiano, y la ejecución de *Marina* ha probado que no es difícil encontrar entre los hijos de Italia grandes cantores familiarizados con la lengua de Cervantes. Pero habia que empezar la temporada preparando dos ó tres óperas nuevas, que siempre ocasionan cuantiosos dispendios, y tanto se ha hablado de la necesidad de economías en el hogar público de los representantes de la nación, que no es extraño se realicen en los hogares domésticos de los antiguos abonados al teatro de la Ópera. El empresario creyó el proyecto arriesgado para sus intereses, é insistió en su primer ofrecimiento.

Los compositores premiados, que estaban ya en relaciones con algunos artistas españoles, de los que más justa fama gozan en los teatros extranjeros, rogaron á la citada comisión que acudiera al propietario y empresario de otro coliseo de Madrid; pero este paso fué igualmente infructuoso.

La empresa del Teatro Nacional de la Ópera ha realizado, sin embargo, su propósito, y á falta de alguna de las óperas premiadas, ha puesto en escena la zarzuela *Marina*, de los señores Camprodon y Arrieta, convertida en ópera al trasladarse de la calle de Jovelanos á la plaza de Oriente, pero conservando su primitivo carácter, como conserva las virtudes y vicios que le son genuinas el que pasa de buena á mejor fortuna.

La zarzuela del señor Camprodon es una fábula ingenua, con sus puntas de inocente, una égloga en la que los pastores se visten de marineros. Adecuada al estilo melodioso del señor Arrieta, la música de este maestro dió al libro una vida que le faltaba. Dentro del género de la zarzuela, *Marina* es una joya musical; pero en el escenario de la ópera no luce. Al ensanchar el argumento, poco dramático de suyo, las situaciones son ménos interesantes; y cuando no hay motivo para que se inspire al compositor, tampoco existe para fijar la atención del público. El maestro Arrieta, al escribir nuevas piezas para *Marina*, ha procurado imprimirles el carácter general de la música de esta obra, lo cual era indispensable para no hacer de ella un arlequin de estilos; pero trae consigo el inconveniente de que predomine el de la antigua zarzuela.

El autor de *Ildegonda* y de la *Conquista de Granada*, ha tenido que hacer un soneto con consonantes forzosos, y sería injusto criticarle porque estos consonantes sean más á propósito para la letrilla en que primeramente se emplearon.

La ejecución de *Marina* en el coliseo de la plaza de Oriente es un paso para que aclimate la ópera española, pero no tan decisivo como generalmente se ha creído. Hay de por medio el interés de una empresa, que ha hecho una prueba de la cual no sé si estará satisfecha; hay todavía la preocupacion de una parte del público que, cerrando los ojos á la luz, cree que en España no hay quien sea capaz de escribir óperas dignas de rivalizar con las de compositores extranjeros, y, para ellos, *Marina* no es argumento que les pruebe lo contrario; hay, por fin, la constante indiferencia del gobierno, contra la cual deben clamar sin descanso cuantos se interesan por el arte musical en España.

La música es el arte del siglo XIX. Todas las demás tuvieron su siglo de oro en apartadas épocas. Los griegos dijeron á la escultura: «de aquí no pasarás;» la Edad Media asombra á las generaciones posteriores con sus soberbias catedrales; el renacimiento produce á Rafael Sanzio y al Ticiano, la perfección del dibujo y el encanto del color; pero el siglo XIX ha visto nacer en su seno ó ha dado á conocer á las gentes las obras de Mozart y de Beethoven, el Rafael y el Miguel Ángel de la música; ha producido á Rossini y á Mayerbeer; ha creado el gran arte musical como no se sintió

ni conoció en los pasados tiempos. Y lo que en este siglo han hecho por la música otros pueblos, ¿por qué no lo ha de hacer España? Qué, donde se ha escrito *El Alcalde de Zalamea*, y pintado el cuadro de las Lanzas, y construido la catedral de Toledo, ¿falta genio para componer óperas? Los españoles que han conquistado puesto glorioso en las demás artes, ¿serán incapaces de alcanzarlo en la que hoy va al frente de todas?

Llegamos tarde, pero tarde llegamos hace ya siglos al ancho palenque europeo para las demás manifestaciones del espíritu humano, y no es esta razón que deba desanimarnos. La música decae en Italia en las manos de los sucesores de Verdi; la música decae en Alemania, donde Schumann y Wagner exageran las nebulosidades del último estilo de Beethoven; la música decae en Francia, donde Mayerbeer tan sólo ha dejado en Gounod un legatario de pequeña parte de su genio; pero la música dramática no ha empezado en España.

¿Por qué?

Por haberle faltado la protección que le sobró en otras partes. Aquí donde no ha habido un pedazo de mármol para perpetuar la memoria del descubridor de América, del conquistador de Méjico, de don Pedro Calderon, ni de don Diego Velazquez, no debe admirar á nadie que lo que han hecho por la música en Italia los gobiernos, á pesar de ser la tierra donde el arte crece espontáneamente; lo que han hecho en Alemania, y sobre todo, lo que se hace en la nación vecina, donde, para tener ópera nacional, han rebuscado compositores y cantores extranjeros, no se haya hecho en España.

Y sin embargo, la música tiene derecho á pedir lo que á las demás artes se concede con justicia; tiene derecho á vivir de la misma vida que sus hermanas; y si para éstas hay pensiones y exposiciones y compras oficiales, porque no se encuentran conventos que adquieran los cuadros de Murillo, ni grandes que protejan á los artistas á la antigua usanza, para ella debe haber esa misma protección en la forma adecuada.

En Madrid hay un teatro que costó muchos millones, no á Madrid, sino á la nación española, y la nación española, por medio de sus gobiernos, hace veinte años que lo está cediendo gratis á empresarios italianos, franceses ó españoles, para que poniendo en escena un espectáculo, que no es español, hagan su fortuna, si la suerte les favorece. Hora es ya de que este teatro sirva para lo que debió servir desde el primer día, para lo que sirve el teatro de la grande Ópera en París, y para lo que hay coliseos en Berlin, en Viena, en Munich y en casi todas las grandes ciudades de la culta Alemania; para lo que se emplea La Scala de Milan y San Carlos de Nápoles. La ópera española no debe presentarse vergonzante en un teatro de segundo orden, cuyo alquiler pague; debe mostrarse al público con la frente alta en la primera escena lírica de la nación, que para eso la han pagado los contribuyentes. Lo que una empresa no hace, por el justo temor de salir perjudicada en sus intereses, lo debe facilitar el gobierno. Óperas hay escritas, juzgadas y premiadas por personas cuya competencia no puede ponerse en duda; sus autores piden que el público las juzgue en condiciones que no les sean manifestamente desventajosas; para ello basta la concesión del Teatro Nacional de la Ópera por una temporada de tres meses; pues bien, el gobierno no debe ser nunca empresario, pero debe sacar á concurso la concesión del teatro, con la expresa y terminante condición de que durante tres meses, á lo ménos, en cada año, se cante ópera española, y si necesario fuese, que pudiera no serlo, auxiliar con una subvención, fijada ántes del público concurso, á la empresa que acepte el compromiso.

El sacrificio pecuniario para la nación sería pequeño, y acaso no fuese ni grande ni pequeño; en cambio, aquí, donde por el solo esfuerzo individual se ha aclimatado la ópera cómica, y formado orquestas que pueden rivalizar con las mejores de Europa, y popularizado más y más pronto que en Francia, Inglaterra y la misma Italia la música de los clásicos, gracias al admirable instinto musical del público, tendríamos en pocos años la ópera nacional, la ópera española.

Que los artistas harán cuanto sea posible, no hay que dudarlo; que el público está decidido á animarles en su empresa, sería injusto desconocerlo. Levántese, pues, la voz para decir á quien corresponde lo que Nelson á sus marinos al empezar el combate:

«Inglaterra espera que cada cual cumplirá con su deber.»

LUIS NAVARRO.

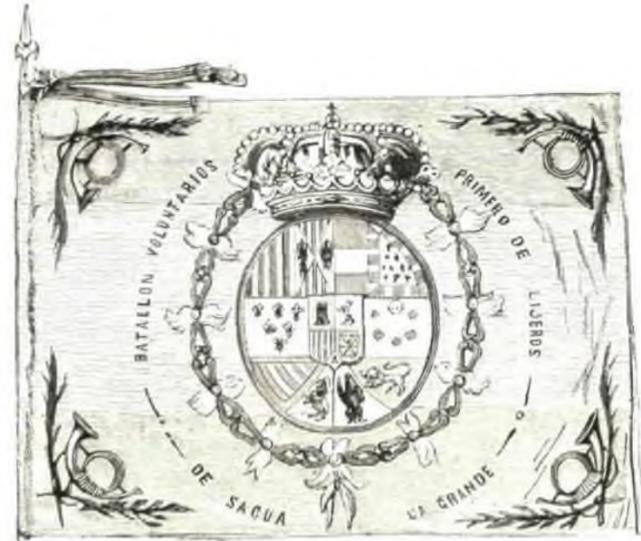
DOS BANDERAS.

Hace ya algunos días que los periódicos de Barcelona, y aun los de esta corte, publicaron una curiosa

BANDERAS PARA SAGUA LA GRANDE. EN LA ISLA DE CUBA.



ESTANDARTE DE CABALLERÍA.



BANDEIRA DE INFANTERÍA.

descripcion de cierto grupo de banderas que estaban expuestas al público en la tienda de don Juan Medina, de Barcelona (Ancha, 46), conocido fabricante de efectos militares.

Eran bien dignos aquellos objetos de llamar la atención, si hemos de juzgar por una fotografía de los mismos que tenemos á la vista, de la cual son copias exactas los dos primeros grabado de esta página.

Figura en primer lugar una preciosa bandera de *fay* superior, en cuyo centro aparece bordado con sedas de colores, y á dos caras, el escudo real de España; pero de tal modo, que el bordado ocupa todo el cuadro de la bandera, á pesar de ser ésta de mayores dimensiones que las de reglamento. El porta-bandera y

el asta, bordados de oro fino, son de un trabajo exquisito, y tambien las corbatas; la lanza y el regaton son de plata maciza, y están elaboradas ambas partes en el acreditado establecimiento de joyería de los señores Cabot é hijos, de Barcelona.

El segundo objeto es un estandarte de terciopelo, de riquísimo bordado de oro y pedrería, gran relieve, con grupos de armas en los ángulos, bordados tambien con oro, y guarnecido todo, así como las corbatas, de un largo fleco del mismo rico metal. El asta es de majagua, cubierta de terciopelo galoneado de oro, y el regaton, guarda-mano y moharra son de bronce dorado á fuego y de labor muy delicada, especialmente la manopla ó guarda-mano, que hace honor al artífice

que la ha ejecutado. La bandera está destinada al batallón primero de ligeros de Sagua la Grande (Cuba), y el estandarte al regimiento de caballería, voluntarios de la misma localidad, habiendo sido hechas ambas enseñas, según los deseos del encargado, á todo coste, hasta el punto de haberse fabricado una pieza entera de *fay* superior, con este único propósito.

Los dos riquísimos objetos, perfectamente colocados en estuches de ébano, forrados de terciopelo, han sido embarcados en el vapor *Meudez Nuñez*, en la tarde del 10 de Marzo último, y quizás habrán ya llegado á su destino.

Los señores Medina han construido muchas preciosas obras de esta clase, sin olvidarnos de citar el rico



PARIS.—DESPACHO DE CARNE FELINA Y CANINA EN EL FAUBOURG SAINT-GERMAIN, DURANTE EL SITIO.

estandarte del primer regimiento de artillería de montaña; pero las banderas para los voluntarios de Sagua la Grande son sin disputa más selectas, y honran á los hábiles artistas.

CONSTRUCCIONES RURALES.
EN INGLATERRA.

Los grabados que publicamos en esta página reproducen exactamente algunas elegantes construcciones rurales concluidas en estos últimos años en Hyde Park, en Kent, en Holy port, y en otros puntos de la civilizada Inglaterra.

Y al tratar de describirlas, si quiera sea sucintamente, debemos ocuparnos en primer lugar del lindísimo arco de entrada (véase el grabado número 1, al parque del príncipe Alberto, en Hyde Park. Consistía el primer proyecto en un suntuoso arco en el centro de la vía pública (*Prince Albert's Road*), con aposentos rústicos á cada lado: la parte superior del arco aparece coronada con estatuas ecuestres (de bronce) de la reina Victoria y del Príncipe Alberto, y adórnala anchos y bien pulidos medallones que representan escudos de armas y retratos de soberanos de la Gran Bretaña. Fue construido, en 1857 y 1858, bajo la dirección de sir Benjamin Hall.

Cerca de la Puerta de la Reina (*Queen's gate*), se alza la bella casita que está representada por el grabado número 2, edificada por M. Aldin, y cuyo presupuesto de gastos no excedió de 900 libras esterlinas: consta de cuatro espaciosas piezas, dos anteriores y dos en la parte posterior del edificio, y tiene además corral, sótanos, bodega y otras dependencias.

Debemos añadir que sir Benjamin Hall abrigaba la intención de hacer construir un gran pedestal para colocar dos magníficas estatuas, que representaban la Mañana y la Tarde, y cuyos modelos,



1.—ARCO DE HYDE PARK.

describir es lindísima, y seguramente que sirve de gracioso adorno á la pintoresca y rica posesión de sir Edmundo Filmer.

En este mismo parque (*East Sutton Park*), se encuentra la bella casa que representa el grabado núm. 4, situada en la confluencia de tres caminos con vistas deliciosas, en la parte opuesta á la entrada del parque. Las habitaciones interiores son triangulares, y los detalles arquitectónicos de que aparecen revestidas las fachadas exteriores, dan á este edificio el poético aspecto de una vieja mansión de la Edad Media; é igualmente que la cabaña descrita en las líneas que preceden, está construida esta casita con ladrillos fabricados en el mismo parque.

La distribución interior es excelente, y las habitaciones templadas en la estación de invierno y confortables:



2.—CASA DE GUARDA EN HYDE PARK.

- a, pórtico, formado y sostenido por dos columnas hechas con troncos de árboles.
- b, pieza de familia, triangular.
- c, cocina, con todas las dependencias necesarias.
- d, despensa, con gran ventana en el centro y dos pequeñas laterales.
- e, gabinete interior.
- f, cercado ó corral, cubierto.
- g, pequeña escalera que conduce á los sótanos y bodega.

En el plano aparece señalada la escalera para las habitaciones superiores, exactamente iguales á las de la planta baja.

Finalmente, el grabado número 5 retrata la casa de un guarda-bosque, edificada por el difunto sir Robert Sydney en su propiedad de Holy port, cerca de Bray, en Berkshire: basta mirar el dibujo para observar el aspecto de fortaleza antigua ó de feudal morada que distingue á este lindo edificio, cuya distribución interior está, sin embargo, adecuada propiamente para el objeto á que aquél se halla destinado:

a, pieza principal de la vivienda, con apariencia de vieja cocina de castillo, y dependencias que son necesarias, 18 piés de longitud, por 14 de latitud.

- b, bodega, y escalera para el sótano, que sirve de nevera.
- c, gabinete independiente, unido á otro pequeño gabinete interior.
- d, alacena ó pequeña despensa para guardar artículos de consumo diario.
- e, banco para el guarda (*garden-seat*), cubierto con una especie de dosel.
- f, torre ó mirador, con apariencia de castillo, construido por sir Robert Sydney: se sube á ella sin gran dificultad por una escalera de caracol (que va marcada en el plano).
- g, otra torre de ménos elevación, con escalera practicable por la pieza a.

Las paredes exteriores de esta casa están esmaltadas con diferentes memorias de la familia Sydney, tales como escudos de armas colocados en las partes más visibles del edificio, no faltando tampoco la característica y repetida leyenda inglesa: «*Honi soit qui mal y pense.*»



3.—CABAÑA DE JARDINERO, EN EAST SUTTON PARK. (Alzada y planta baja.)

preparados por M. Theed merecieron la aprobación del Príncipe Alberto.

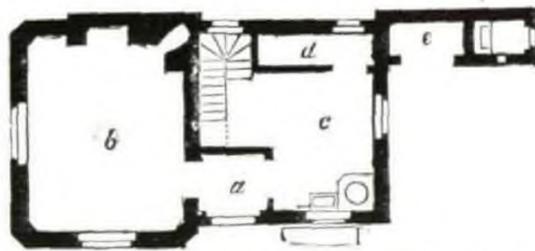
El dibujo número 3, copia la cabaña de un jardinero, construida en East Sutton Park, residencia de sir Edmundo Filmer, en Bart, condado de Kent, lugar situado á seis millas de Maidstone. La citada elegantísima cabaña se halla á bastante distancia de la casa principal, sobre el camino de Ulcomb (*Ulcomb Road*), y está hecha con ladrillo cubierto de argamasa.

El plano que publicamos debajo del grabado, ofrece una idea exacta de la distribución de la casa:

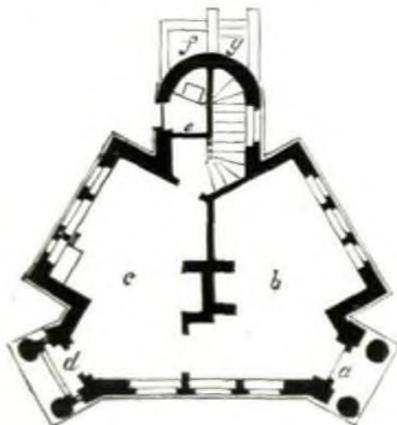
- a, entrada y portal interior.
- b, pieza de familia, de 16 piés de longitud, por 12 de latitud.
- c, cocina, con todas las dependencias necesarias, de 11 piés por 10.
- d, despensa, con ventana en la parte posterior de la casa.
- e, piezas independientes.

Segun se marca en el plano, entre la cocina y la despensa está colocada la escalera para subir á las habitaciones superiores, iguales á las de la planta baja.

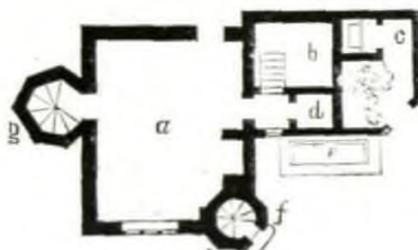
Esta cabaña que acabamos de



4.—CASA DE CAMPO EN EAST SUTTON PARK. (Alzada y planta baja.)



5.—CASA DE GUARDA-BOSQUE EN HOLY PORT. (Alzada y planta baja.)



REVISTA CIENTÍFICA.

Trabajos científicos de París.—Atraso científico de Francia aseptado por sus académicos.—Obra nueva de Kolbe.—La nación más adelantada.—Desarrollo de la humana inteligencia.—Estudio de las ciencias.—Adelantos materiales.—Carácter de las ciencias modernas.—Naturaleza y fines de las indagaciones químicas, según trabajos recientes.—Maravillas de la química moderna.—Obra de don Manuel Saenz Díez, premiada por la Academia.—Dialisis y sus aplicaciones.

Las relaciones de los trabajos discutidos en la Academia de Ciencias de París han vuelto á recibirse, desde que salió á luz nuestra anterior Revista. Las que hemos examinado sólo tienen exigua importancia, siendo únicamente notables los debates de las sesiones del 6 y 13 del actual, donde sabios de primer orden ratifican lo que dejamos consignado en los números de LA ILUSTRACION del 10 de Mayo y del 15 de Noviembre últimos, respecto á la ignorancia que sobre las ciencias predomina en toda la nación francesa, y á que los triunfos de la reciente guerra se deben á los conocimientos científicos de los alemanes. M. Deville, académico de nombro, ha leído en la sesión del 6 del actual una proposición que fué aprobada unánimemente, cuyo objeto es proponer medidas para vulgarizar los conocimientos científicos. «En todas partes,—observa Deville,—se dice y con razón, que sólo por las ciencias hemos sido vencidos. La causa está en el régimen que nos agobia desde hace ochenta años, que subordina las personas científicas, á los políticos y empleados, lo cual produce que intervengan en asuntos científicos, en la enseñanza, propagación y aplicaciones de tales materias, gente incompetente que desconoce cuanto hace falta para conseguir adelantos.»

Otros académicos también insistieron en la degeneración y decadencia intelectual de Francia, así en las físicas y matemáticas, como en las ciencias naturales. Los generales franceses y sus tropas, según aseveran tales académicos, han sido víctimas de la más crasa ignorancia en la geografía de su propio país, en idiomas y en todo género de conocimientos, tanto de esos, los más rudimentarios, como de los superiores.

En las sesiones aludidas de la Academia, tampoco han permanecido ocultas por completo la proverbial vanidad y jactancia francesa, pues dos miembros de aquella afirmaron que Francia conserva principal lugar en el progreso científico, si bien reconocían que las ciencias no están vulgarizadas, ni propagadas, ni difundidas por toda la nación, como sucede en Alemania, cuyas muchedumbres poseen tan variados y grandes conocimientos. Entre ambas opiniones, la exacta y verdadera es indudablemente la de los que proclaman el atraso científico de Francia; pues ésta última afirmación, no sólo queda patentizada por la última guerra, sino que también la confirman los hombres más competentes, así de aquella como de otras naciones. Esto mismo se ha oído días pasados en el Colegio de Francia, donde la autorizada voz de Philarete Chasles expresaba públicamente que sólo tres de cuantos académicos franceses hay entienden inglés ó alemán; y que la ignorancia de idiomas, de geografía y de otros conocimientos elementales era comúnísima en dicho país, mientras que los alemanes brillaban por una instrucción científica superior.

También estos últimos examinan la situación intelectual de nuestros vecinos. Poniendo sólo un ejemplo, citamos la obra que acaba de publicar en Leipzig el catedrático Kolbe sobre *El Estado de la Química en Francia*, en la cual demuestra que el atraso de dicha nación es muy grande, y enumera los trabajos químicos discutidos como nuevos por la Academia de Ciencias de París, los cuales en muchos casos son ya antiguos, y los mismos que practican los alumnos más jóvenes de las escuelas alemanas.

No disponemos aquí del suficiente espacio donde poner los datos de Kolbe, ni para referir lo que otras publicaciones novísimas contienen acerca del exiguo y atrasado cultivo que los franceses practican en el campo científico. Si consagramos las anteriores observaciones á repetir algo de lo que hace un año quedó indicado en este periódico, es para demostrar también ahora, con autoridades competentes, que aquel atraso ha ocasionado los grandes desastres y las terribles humillaciones de la nación vecina. Ésta, sin embargo, como nadie ignora, suministra casi exclusivamente todos los libros y noticias científicas para la generalidad de cuantos en nuestro país estudian, por cuyo motivo parece oportuno advertir con insistencia la verdad sobre el atraso científico de Francia, á fin de que los españoles aficionados á ciencias tomen de Alemania, como la primera nación en la esfera intelectual, las fuentes del saber, leyendo los trabajos de las academias tudescas, sus obras y periódicos científicos, en los cuales resplandece esa luz brillante que tanto ilumina, esa instrucción sólida que en tan alto grado

ilustra, y esa poderosa fuerza que impulsa hasta el más levantado punto de bienestar y cultura.

La sed insaciable de saber y la avidez apasionada con que todo hombre ilustrado desea ardientemente adquirir conocimientos científicos, no es por desgracia muy general entre españoles, los cuales, exceptuando á pocos, se distinguen por una carencia de curiosidad respecto á aquellos propia de árabes. Por esto mismo se necesita en España provocar tanto la afición á las ciencias, pues el ignorarlas rebaja á los pueblos á una vida puramente material y los conduce hasta el más profundo estado de rudeza y barbarie, mientras que el conocerlas desenvuelve y enaltece la parte espiritual y sublime de la humana inteligencia, enseñándola á estudiar las maravillosas obras de Dios, á interpretar las leyes del universo y á descifrar los misterios de la creación, lo cual incita al hombre á que admire y reverencie al omnipotentísimo Autor de la infinitud de prodigios con que el firmamento resplandece, y de cuantos encierran los mares y continentes.

Hay, empero, obstáculos que desaniman para emprender el estudio de las ciencias, tales como su vastísima extensión, la rapidez con que crecen y la multitud de hechos nuevos que sin cesar acumulan. Pasan años ántes que la inteligencia más viva y penetrante logre poseer cuantos principios y consecuencias encarna una sola ciencia particular, y ni aun el docto de mayor entendimiento y laboriosidad consigue enseñorearse por completo de todos los desenvolvimientos de su ciencia exclusiva predilecta.

Tales obstáculos no deben desalentar ni á los que cultivan una ciencia para acrecentarla, ni á cuantos desean sólo estudiar lo necesario para conocerla y admirarla.—Á estos últimos nos dirigimos únicamente, para que adquieran en cada ciencia algunas nociones, varios principios é ideas fundamentales, y cierto número de consecuencias importantes que contengan los hechos peculiares de aquella. Con esto se conseguirá la aptitud suficiente para participar de la satisfacción que producen los nuevos descubrimientos, si bien no se podrán hacer investigaciones, ni contribuir al ensanche de linderos en el campo científico. Pero únicamente con la adquisición indicada se enaltece la vida intelectual, se dilata la esfera de nuestros conocimientos, y conseguimos ver y admirar nuevos horizontes donde resplandecen numerosos y variados prodigios.

Claro está que el aprender tales nociones, principios y consecuencias, no forma al hombre científico profundo; pero aquello, de seguro, convierte á cualquiera en conocedor inteligente. La persona de buen gusto que admira un cuadro ó estatua, no ha de ser forzosamente pintor ó escultor; mas acertará á explicarse las causas que determinan la belleza de la obra, aunque ignore el manejo de pinceles, el uso del martillo y los mil detalles de ejecución. Esto mismo puede decirse de cualquier inteligente aficionado á las ciencias; comprenderá los resultados, observará cómo se derivan de los principios, y conocerá de qué modo se eslabonan; pero no está preparado para examinar menudamente las indagaciones, y aunque vea las partes salientes de la obra, le quedarán ocultas las más difíciles y recónditas.

En nuestro siglo utilitario muchos creen que las ciencias sólo deben cultivarse para lograr ventajas directas propias á ser convertidas en beneficios metálicos. Pero aunque incite al hombre cierto instinto á proveer á su bienestar material, conviene advertir que los estudios científicos tienen un objeto más elevado y sublime impreso por Dios en el humano entendimiento.

Nadie ignora que todos los grandes adelantos materiales se deben á trabajos abstractos, ejecutados sin miras de aplicaciones útiles inmediatas, y únicamente en interés del progreso científico puro. El deber del hombre científico es conseguir hechos nuevos y verdaderos en el campo sin límites de lo desconocido, ya sean aquellos oscuros ó insignificantes, ó ya bien de cualquier otro linaje. Carácter distintivo de las ciencias modernas son así el afán con que admiten todo género de observaciones y experimentos; porque no hay uno sólo que no pueda servir de base ó punto de arranque para nuevos adelantos, como también la justicia con que aprecian los servicios de cuantos labran los escalones indispensables para poder ascender más y más por la inmensurable altura de la comarca científica. En cualquier nación, la medida de su desenvolvimiento científico está en el mayor ó menor aprecio que se confiere á los hombres dedicados á esos trabajos oscuros, penosos y áridos, que raras veces alcanzan popularidad, y que sólo conocen los eruditos investigadores de cada ciencia positiva.

No en gruesos tomos, sino en la multitud de números y artículos de revistas, que diariamente se

publican, debemos buscar las ciencias del siglo XIX. Estas actualmente se asemejan en sus progresos á un ejército sitiador. Lentamente taladran los mineros caminos subterráneos; ábrese trincheras á derecha é izquierda, avanzándose siempre, pero perpetuamente por líneas tortuosas, hasta que las circunvalaciones consiguen rodear la plaza sitiada. Así se alcanzan nuevos puntos de ataque; pero el ejército, sin embargo, adelanta por los sitios preparados con tan grandes y penosos trabajos: se forman nuevas paralelas, se establecen baterías, y se rompe el fuego hasta abrir brecha y dar el asalto. Lánzase las tropas y toman la plaza sitiada; pero nuestra admiración del valor y heroísmo de los que toman una plaza por asalto, ¿hará acaso menor la que debemos tener de la habilidad de los ingenieros, de los trabajos de los mineros, de los soldados que han formado las trincheras y de los artilleros que han servido las piezas? Ciertamente que no, y de esto mismo están convencidos los hombres científicos desde hace algunos años; porque ahora se estiman los trabajos, aunque no sean brillantes, con tal que consiguieran un solo hecho nuevo, el cual puede servir más para el progreso de la ciencia, que la hipótesis de mayor mérito, ó que cualquier conjetura, por mucho esplendor que tenga, si no está demostrada como verdadera.

Con investigaciones y experimentos se amontonan los hechos, lo mismo que se extraen y labran las piedras ántes de construir un edificio; y estudiando hechos se descubren leyes especiales, que reunidas forman la ley general de la naturaleza. En aquellas tareas puramente científicas, las grandes aplicaciones para la vida material surgen cuando ménos se esperan, á manera de recompensa por los constantes y perseverantes trabajos de cuantos se afanan por amor al progreso teórico de las ciencias, sin miras de lucro y sin intención de que sirvan en la práctica de las artes ó industrias.

Las observaciones que se acaban de indicar nos parecen oportunas ahora, que vamos á referir sumariamente varias ideas de un trabajo reciente y muy notable, impreso en Leipzig, del catedrático Fittig, intitulado: *Naturaleza y fines de las indagaciones y estudios químicos*. Muy pocos saben lo que es la química pura, pues como sirve para todo en la vida, escasísimamente se la considera como una esfera capital, ni como campo aislado que pide cultivo asiduo, circunspecto y sistemático. La química ocupa el principal lugar entre todas las ciencias y para nuestro sustento es lo primero, enseñándonos además á satisfacer un sinnúmero de necesidades: nunca puede el hombre prescindir de ella desde la cuna hasta el sepulcro, pues sirve, no sólo para la preparación de viandas y vestidos, sino también para surtirnos de calor y de luz, así como á fin de preparar medicinas con que mitigar nuestros males, calmar los sufrimientos y prolongar la vida. El análisis químico determina la composición y el valor de cada sustancia, regularizando así las transacciones mercantiles y sirviendo de centinela avanzado que lo vigila y examina todo, al mismo tiempo que descubre y utiliza sin cesar los tesoros recónditos de la naturaleza. Las otras ciencias, así exactas como naturales, no pueden prescindir de la química, con la cual alcanzan los portentosos adelantos que tanto admiramos hoy día de la fecha: la astronomía, geología, botánica, zoología, fisiología, medicina y otras varias se sirven de ellas á manera de poderosísimo auxiliar para subir á inmensa altura. Á donde quiera que miremos figura en primer término la gran utilidad de la química, cuyas aplicaciones son tan importantes, que por todas partes sobresalen; mas por ningún lado logramos encontrar nunca á aquella ciencia sola, aislada y pura.

Quizás que por lo mismo que no se ven más que sus aplicaciones, muchos juzgan que la química carece del carácter propio de una ciencia, considerando sólo la práctica de los experimentos y operaciones del laboratorio. De otra parte, algunos creen que el objeto de aquella es únicamente buscar cuerpos nuevos, y así, alaban á Hoffmann por su descubrimiento de los colores que se sacan del alquitran, y á Liebig por el del cloral. Este último, sin embargo, se publicó veinte años ántes que nadie pensara que tuviese las más leves aplicaciones, las cuales son ahora de inmensa importancia en la medicina desde hace unos meses, en virtud de los trabajos de Liebreich. Si no hubiera Liebig efectuado aquel descubrimiento, se carecería hoy en día del cloral que tanto sirve en las operaciones quirúrgicas para hacer que desaparezca la sensibilidad, y que tan útil es como antídoto de ciertos venenos.

Todas estas circunstancias, que sólo muy incompleta y abreviadamente se indican, no establecen lo peculiar de la química como ciencia. En la última, lo

mismo que en todas las ciencias, los más únicamente buscan cuanto pueda producir provecho; pero hay que advertir que con semejante propósito, según antes apuntamos, no conseguiremos ningún adelanto verdadero y eficaz, pues las tareas científicas deben acometerse con fines más elevados y sin miras de lucro mediante sus aplicaciones prácticas. Liebig, verificando indagaciones abstractas acerca de los efectos del gas llamado cloro, sobre el alcohol, consiguió producir la sustancia intitulada cloral, sin pensar, cuando hizo aquel descubrimiento, en la grandísima utilidad que veinte años después había de suministrar para la medicina; y no obstante esta aplicación, aquellos trabajos tuvieron para la química pura desde un principio inmensa importancia. También la tuvieron muy grande desde luego los aludidos antes de Hoffmann sobre el alquitran, con exclusión del lucro que para la tintorería y otras industrias se consiguió después, merced á los colores de anilina, descubiertos por dicho sabio, sacándolos de aquel cuerpo. Así se confirma cada día más la verdad de lo que dijo Goethe respecto á que las ciencias en su conjunto se alejan siempre de la vida, á la que sólo vuelven haciendo un rodeo. Éste, por regla general, tratándose de la química, es muy corto; pero precisa recordarlo, para poder formar una idea de lo que es dicha ciencia pura y abstracta; idea de la que carecen no sólo muchos doctos, sino también gran número de los llamados químicos.

Nos falta espacio para explicar aquí menudamente, según el novísimo estado de los últimos adelantos, cómo la química, una de las ciencias naturales, trata de los diversos géneros de materias ó sustancias de que se componen los cuerpos, cuya naturaleza indaga, y asimismo sus alteraciones y combinaciones recíprocas, las cuales determina junto con las propiedades, causas y resultados de tales cambios, y además la manera de formar cuerpos compuestos, y los medios de descomponerlos aislando cada una de sus partes. La química pura indaga todo eso para deducir el encañamiento ordenado, origen de tales fenómenos, y establecer las leyes naturales á que obedecen la formación y descomposición de los cuerpos.

La tarea de aquella ciencia es por consiguiente inmensa y difícilísima, pues por todas partes en la naturaleza, ya inanimada, ya bien viva, no hay más que procedimientos químicos: cambios, descomposiciones y formación de cuerpos nuevos. El desarrollo de las plantas y la vida de los animales, ¿qué son sino establecimientos íntimos y recónditos de procedimientos químicos, que se renuevan y modifican continuamente? Pero á fin de investigar las leyes de estos últimos, es ineludible hacer un rodeo, pues los fenómenos naturales son insuficientes para determinarlos, ora por demasiado complicados, ora porque no se pueden ni ver ni comprender por nuestra observación más aguda y penetrante. Precisa, pues, para conseguir nuestro objeto, facilitar los trabajos, y alejando cuanto es posible toda complicación, producir combinaciones químicas en imitación de las naturales, descomponer los cuerpos conocidos y crear nuevos en gran número y variedad.

Nada sorprende tanto al que principia la química moderna, como el infinito número de sustancias nuevas cuyo conocimiento por primera vez alcanza, y cuya cantidad encuentra, aumentándose á medida que es mayor la suma de los periódicos especiales científicos que estudia entre los muchos que diariamente se publican. El que se dedica á la zoología, á la botánica ó la mineralogía, tiene respectivamente que cultivar un inmenso campo; pero consigue indagar, describir y clasificar cuantos tesoros contiene cada una de aquellas ciencias, cuyos nuevos descubrimientos sólo le proporcionan un grato aumento que coloca en sitio oportuno del sistema de su ramo especial. Semejante tarea exige trabajo incansable y aplicación de bronce para dominar por completo la magnitud de su respectiva esfera; pero nada de todo eso tiene comparación con las maravillas de la moderna química. Ésta nos hace contemplar todo un mundo nuevo, observando las infinitas combinaciones antes por completo desconocidas, que diariamente se producen en muchos laboratorios químicos. Semejante tarea es la de un creador, pues se engendran en los vasos y retortas cuerpos que antes jamás habían existido, ni en las entrañas de la tierra, ni sobre su superficie, ni en las plantas, ni en los animales; y como si ya no ofreciese naturaleza una variedad tan rica y numerosa, todavía la aumentan los químicos con multitud de nuevos productos, cuerpos y combinaciones.

Cuando por primera vez se descubrieron las muchas sustancias contenidas en el opio, todos admiraban la fuerza creadora de la naturaleza; pero ésta parece muy débil recordando las operaciones de la química moderna, mediante las cuales se sacan de cada

alcaloide del opio docenas de composiciones, y de cada parte componente de una planta cualquiera se derivan asimismo una multitud, casi incalculable, de varios géneros de cuerpos distintos.

El objeto que se intenta alcanzar produciendo siempre tantas combinaciones nuevas, aunque su número no tenga límites, es ver hasta dónde podría llegarse por tal camino, en el que han aparecido muchos descubrimientos importantes para las artes é industrias, lográndose además resultados positivos para el progreso de la ciencia. El enumerar parte de los últimos, aunque sólo citáramos los más recientes é importantes, ocuparía un grueso tomo. Pero conviene tener presente que el buscar cuerpos y combinaciones nuevas, no es fin sino un medio para conseguir adelantos científicos, por cuyo motivo poco ó nada importa al químico que cultiva la ciencia pura, el que aquellos tengan útil aplicación en la medicina, en artes é industrias.

Las investigaciones químicas modernas se dirigen en primer término á determinar con exactitud la composición de los cuerpos: tarea no muy difícil, por la que se conoce la cantidad y clase de los elementos que en cada uno de aquellos hay. Pero á dicho conocimiento le falta todavía mucho para ser completo y suficiente, pues existe un gran número de cuerpos distintos con los mismos elementos en cantidades del todo iguales. Esto consiste en que la naturaleza de un cuerpo no depende sólo de la clase y cantidad de sus elementos, sino esencialmente de la manera como éstos están combinados. El averiguar lo último es uno de los grandes problemas de la química en la actualidad; y aunque esta ciencia puede estar orgullosa de los hermosos resultados que tiene alcanzados, todavía faltan muchos para llegar á saber exacta y completamente la composición verdadera de los cuerpos.

Expuesto, aunque muy abreviada é imperfectamente, el objeto de la química pura, la falta de espacio nos impide ahora encarecer aquí la vastísima importancia de semejante ciencia para una multitud de todo linaje de aplicaciones. En muchas otras ciencias, así como en casi todas las industrias y fabricaciones, la química es indispensable, y la Alemania, donde tanto se cultiva esta ciencia, es el país más adelantado del mundo entero. Por desgracia es muy escaso en España el número de los que se dedican á la química pura, cuya circunstancia nos ha hecho exponer las anteriores consideraciones con motivo de la publicación reciente antes citada.

La brevedad á que estas Revistas obedecen, impide dar aquí noticias de otros muchos trabajos modernos relativos á la ciencia aludida; pero no debemos omitir el anuncio de la notable monografía, impresa estos días en Madrid, sobre la *Historia y juicio crítico de la Dialisis*, escrita por don Manuel Saenz Diez, y premiada en concurso público por la Academia médico-quirúrgica matritense.

Por lo mismo que en nuestra patria es muy débil el movimiento de las ciencias naturales, aprovechamos verdadera satisfacción las ocasiones—por desgracia poco frecuentes—en que hay que encomiar los trabajos científicos de algún español. El último del señor Diez es digno de grandes alabanzas, y debe estudiarse para formar cabal idea de la erudición, profundidad y vastos conocimientos de que dá pruebas y que tanto patentiza en la obra que por su incuestionable mérito ha sido tan justamente premiada. El señor Diez refiere cuanto hasta el día se ha publicado sobre dicho importante asunto, discute las ideas emitidas y deduce las aplicaciones inmediatas de la dialisis, en vista de numerosos y difíciles trabajos ejecutados en su laboratorio, y después de áridas operaciones químicas, que tanta paciencia, perseverancia y dispendios de tiempo y dinero representan. El químico español citado expone un juicio crítico de los resultados de sus antecesores sobre un estudio tan interesante, y desconfiando con prudencia de los publicados por varios profesores, especialmente franceses, cuya veracidad no es de fiar, hace atinadas y oportunas objeciones y establece la verdad de los hechos.

Según la Memoria aludida, la dialisis, ó sea la separación de las sustancias en estado llamado cristaloides, de las coloides, por membranas ó vasos porosos, puede aplicarse en los casos siguientes:

- 1.º Para aislar las sustancias químicas.
- 2.º Para producir medicamentos que tengan los principios medicamentosos purificados parcialmente, y en el estado de combinación en que la naturaleza los presenta.
- 3.º Para separar venenos sin tener que emplear los agentes químicos, siendo esto de gran importancia en la medicina legal.

4.º Para la explicación de algunos fenómenos fisiológicos y geológicos.

5.º Para dilucidar el estado normal de las moléculas en movimiento, ó en reposo.

También puede aplicarse la dialisis á la separación de cuerpos fusibles á temperatura elevada, considerando aquella como el análisis sin reactivos químicos; y la cual, junto con el empleo del espectrógrafo, de que hemos tratado en una de nuestras anteriores Revistas, son los descubrimientos más importantes y recientes de la química práctica.

La dialisis no es tan delicada como el análisis espectral; sin embargo, con su auxilio se pueden reconocer algunas sustancias en cantidades muy pequeñas y lograrse su separación fácilmente, lo cual es muy difícil por los otros medios analíticos.

El señor Diez describe los experimentos que ha practicado minuciosamente, para que cualquier químico entendido pueda repetirlos; y en vista de ellos, presenta un cuadro perfecto del estado actual de una rama de las ciencias tan importantísima y trascendental, que hoy en día es objeto preferente de muchos sabios, los cuales publican, con la mayor asiduidad, los nuevos descubrimientos que en ella hacen, y refieren las grandes aplicaciones que éstos encierran.

EMILIO HUELIN.

Marzo de 1871.

INSURRECCION DE PARÍS.

SANGRIENTA ESCENA EN LA PLAZA DE VENDÔME.

En verdad que es bien desconsolador el cuadro que nos presenta la nación francesa.

Aún se halla ocupada gran parte de ella por las tropas del emperador de Alemania; todavía no han empezado á borrarse las profundas huellas que ha señalado la titánica lucha, y vémosla ya envuelta en otra lucha más terrible todavía: lucha de hermanos contra hermanos, lucha en la cual los combatientes están quizás animados por bastardos sentimientos de venganza.

Sólo en luchas de esta clase tienen lugar escenas tan horrosas y cruentas como la que aparece retratada en el grabado de la pág. 188, y ha sido referida con minuciosos, pero horribles detalles, por la prensa política y noticiara.

Gran número de ciudadanos pacíficos se reúne en los Campos Eliseos de París, recorre las principales calles de la población aclamando á la Asamblea Nacional y victoreando á la paz y al orden: acércanse los manifestantes, sin armas y en actitud pacífica, á la plaza de Vendôme, ocupada por batallones de insurrectos; y como aquellos se obstinaron en querer atravesar la plaza y desfilar por delante de la histórica y monumental columna, los guardias nacionales hacen una horrosa descarga de fusilería sobre aquella compacta masa de ciudadanos pacíficos, y resultan, en fin, varios muertos y heridos.

No es de extrañar que un periódico republicano francés, adicto á la *Commune* en aquel entonces, terminara con este enérgico apóstrofe la reseña de la sangrienta ejecución:

«¡Oh república!—Si los autores de esa tremenda orgía osasen invocar tu nombre para justificarse de asesinatos tan inicuos, tú te levantarías diciéndoles:—*¡Habeis mentido!*»

LA ALIMENTACION EN PARÍS, DURANTE

EL SITIO.

¿Quién les hubiera dicho á los parisienses, hácia el mes de Julio de 1870, ántes de los desgraciados combates de Forbach y Woerth, y aún después de la careada escaramuza de Saarbruck, que habían de entregarse complacientemente á la *hippophagia*—ellos, los sibaritas modernos, que se burlaban de tan buena gana de M. Geoffroy Saint-Hilaire y de sus excéntricos banquetes, en los cuales se servía á destajo la carne de caballo?

Pues hé aquí que los habitantes de la gran ciudad, los mismos que se quejaban otras veces de la dureza de la carne del rico *cebon* de Cotentin, llegaron á mirar, andando el tiempo, como espléndido regalo, un *filet* de caballo... de *fièvre!*

De tal manera la carne de *jameño* constituyó la base de la alimentación pública en París, durante los meses del sitio, que se organizaron mercados de caballos *comestibles* lo mismo que ántes existían en las bien surtidas plazas de Poissy y de la Villette: en aquellos, como en estos, se hacían todas las operaciones reglamentariamente, y hasta había inspectores de carnes, retribuidos por el municipio, que tenían la especial misión de reconocer los caballos de venta y declarar, bajo su responsabilidad, si las tales reses estaban *bien en graisse*.

Cuando el caballo reconocido era declarado *útil* para la alimentación, marcábasele con un hierro candente, y pasaba desde aquel momento á ser propiedad de *le boucher* que lo compraba, le arrastraba al matadero, le descuartizaba, le convertía en sabrosos *beefsteacks*, *rumstecks* y *aloyaux*, y áun hacia exquisitos salchichones, pasteles, empanadas, etcétera, etc.

Y gracias que todavía les quedaba á los parisienses, hacia el mes de Diciembre, carne de caballo: soportáronlo sin quejarse, con cierto estoicismo filosófico-gastronómico, por espacio de cuatro meses, y preciso es confesar que las excentricidades culinarias de semejante régimen alimenticio no habían sido previstas por el refinado Brillat-Savarin.

El triunfo de los *hippophagistas* durará desde el sitio de París.

Pero así y todo, cercanos estaban también los días de gloria para los *amateurs* del solomillo de perro y de las chuletas de gato.

Era menester variar el *menu*, porque las buenas gentes de París se hastiaban de carne de caballo, y los paladares pedían otra cosa: por eso la industria parisiense—favorecida entónces por bayonetas alemanas—dispuesta siempre á satisfacer hasta los menores caprichos, si hay quien los pague, se dedicó á ponderar las excelencias de la carne felina y canina, y por ende los perros y los gatos fueron objeto de una caza incesante y despiadada.

Bien pronto aparecieron mercados, áun en el centro de los barrios más aristocráticos, como la Chaussée d'Autin, en los cuales se abrieron tiendas donde se expendían á precios imposibles, *sic!* la carne de los animales domésticos, y por doce francos—; una miseria!—obtenía el comprador un riquísimo *gigot* de perro ó un casi esqueleto de gato.

Más aún: hasta las ratas y ratones, y otras alimanas por el estilo, llegaron á ser bocados de regalo para los hambrientos parisienses...

Véase el grabado de la página 196.

Es una copia del natural de una tienda de carne del mercado de Saint-Germain: en ese mismo *cajon*, en esa misma *boucherie*, cuyos mostradores están cubiertos con despojos caninos y felinos, con ratas y ratones, vendíanse ántes las perdices y los faisanes de los Vosgos, el rico pavo de la Turena y la sabrosa gallina de Saint-Cloud.

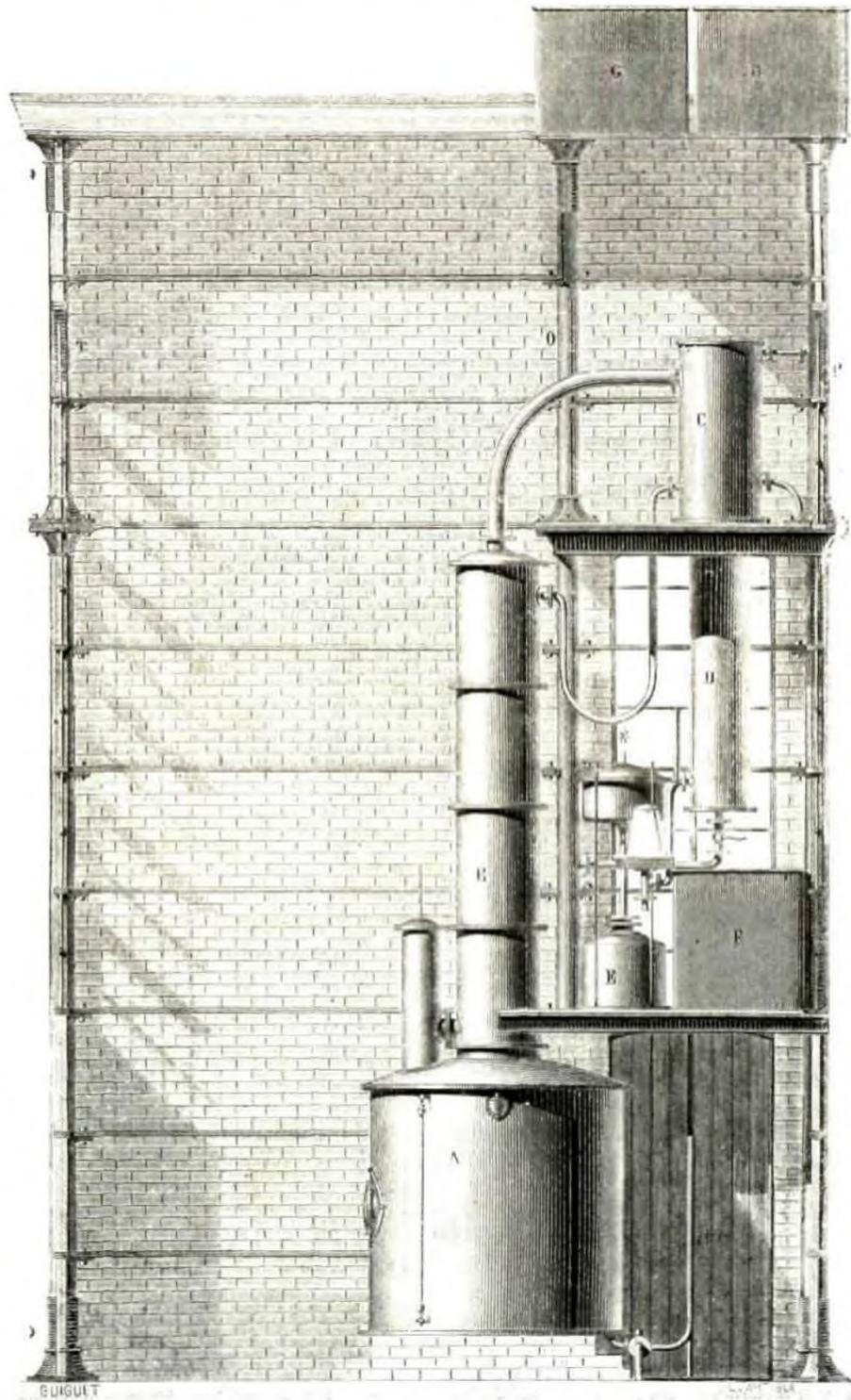
Lo cierto es que los parisienses, obligados á comer carne de caballo por espacio de cuatro meses, y carne de perro y gato durante otros dos, tienen sobrados motivos para aborrecer á los alemanes y maldecir impiamente de las combinaciones políticas y extratégicas de MM. de Bismarck y de Moltke.—X.

ARMADURAS TUBULARES DE M. SAVALLE,

PARA LA INSTALACION DE MÁQUINAS DESTILATORIAS.

En números anteriores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, hemos hecho minuciosa descripción

ARMADURAS TUBULARES DE M. SAVALLE.



SECCION TRASVERSAL DE UNA DESTILADORA, CONSTRUIDA CON ARMADURA TUBULAR, POR M. SAVALLE.

de los diferentes aparatos destilatorios que se construyen en los talleres de M. Savalle, de París. Réanos ahora indicar, para concluir con esta reseña, cuáles son los edificios más á propósito que se pueden levantar á fin de colocar convenientemente la maquinaria que exige una destiladora.

Por de pronto, bien se puede asegurar que el gasto necesario para construcciones de esta clase, aunque varía mucho, segun los materiales que se empleen, y segun las localidades donde se edifiquen aquellas, apenas llegará de 35 á 50 francos término medio por metro cuadrado de construcción.

Pero aunque siempre es bueno que el industrial se informe de un buen arquitecto, acerca del precio corriente de los citados materiales de construcción, lo más seguro es, para los agricultores que traten de introducir en su país esta lucrativa industria, dirigirse á la casa constructora de Savalle é hijos, de París, *Avenue de l'Impératrice, 64*.

En efecto: en los talleres de este hábil mecánico no sólo se construyen los aparatos destilatorios que hemos explicado, sino también la armadura, el esqueleto—digámoslo así—de los edificios necesarios para colocar aquellos convenientemente.

Y con esta armadura, que consiste en un bien combinado sistema de columnas de hierro fundido, huecas, muy sólidas y ligadas entre sí fuertemente, se logran estas ventajas:

- 1.º Construir una fábrica en breves tiempos.
- 2.º Obtener edificios ligeros, sólidos y perfectos.

mente apropiados á las necesidades del trabajo.

Y 3.º Realizar una economía notable en el gasto para la tubería de la fábrica, puesto que las citadas columnas son á la vez conductos para el agua fría, el agua caliente y las materias que han de ser destiladas.

El grabado que publicamos en esta página da una exacta idea de las armaduras tubulares de MM. Savalle.

Hé aquí la explicación:

- A, B, C, D y E.—Rectificador.
- F.—Depósito de alcoholes impuros.
- G.—Depósito de agua fría.
- H.—Depósito de jugos fermentados.
- N.—Alambique.

Ahora bien: la armadura consta de las piezas siguientes:

Columnas de hierro fundido, O, O'—huecas, que sirven para la ascension del agua fría al depósito G.—Estas mismas columnas sirven también para dirigir el agua fría al condensador del rectificador, y á los refrigerantes de éste y de la columna destilatoria.

Columna P, para la ascension de los jugos fermentados al depósito superior H, y para la alimentación de la columna destilatoria.

Columna para recoger los jugos sobrantes del indicado depósito.

Columna de desagüe del refrigerante del aparato destilatorio.

Columna que recoge el agua fría sobrante del depósito G.

Columna que recoge las aguas calientes del rectificador.

Columnas para las aguas pluviales.

Tal es, en resumen, la armadura tubular, de hierro fundido, inventada por M. Savalle para los edificios destinados á fábrica de destilación y elaboración de alcoholes.

Segun se ve en el grabado, dichas columnas son de bastante diámetro, rectas, y permiten fácilmente la reparación de cualquier deterioro que experimentaren con el uso, así como la limpieza interior de las mismas. Estas construcciones, en suma, son cómodas, elegantes y muy sólidas, y la duración de los materiales es á la vez indefinida.

Vamos á concluir ofreciendo á nuestros agricultores una observación curiosa, acerca de la industria alcohólica.

En el espacio de diez y ocho años (de 1852 á 1860), el hectólitro de alcohol fino, de 90 grados (producto francés), ha estado representado en los mercados de París por un precio medio de 89 francos 22 céntimos, pues aunque en 1860 los precios bajaron algún tanto por la concurrencia de los productos alemanes, pudo aquél bien pronto reponerse, merced á los progresos introducidos en la destilación, y luchar con éxito contra los productos extranjeros.

La industria alcohólica, tan poco explotada en España, es y será de las más lucrativas, porque resiste siempre con ventaja á los desastres políticos y económicos.

ADVERTENCIA.

Terminada la cuarta edición del segundo número correspondiente al año anterior, lo remitimos al par del presente número á los señores suscritores á quienes se les debía.